

Inundados La Plata

LO QUE EL AGUA NO ENCUBRIÓ

María Soledad Escobar
Gabriel Prósperi

INUNDADOS LA PLATA
LO QUE EL AGUA NO ENCUBRIÓ

María Soledad Escobar
Gabriel Prósperi

Prósperi, Gabriel

Inundados en La Plata : lo que el agua no encubrió / Gabriel Prósperi y María Soledad Escobar. - 1a ed. - La Plata : EDULP, 2014.

120 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-1985-34-0

I. Sociología. I. Escobar, María Soledad II. Título
CDD 301

INUNDADOS LA PLATA LO QUE EL AGUA NO ENCUBRIÓ

Diseño y diagramación: Érica Anabela Medina



Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (EduLP)

47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina

+54 221 427 3992 / 427 4898

editorial@editorial.unlp.edu.ar

www.editorial.unlp.edu.ar

EduLP integra la Red de Editoriales Universitarias (REUN)

Primera edición, 2014

ISBN N.º 978-987-1985-34-0

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

©2014 - EduLP

Impreso en Argentina

*A Camila y a Nicolás. A Silvia y a Diego. A Cynthia y a Leonel.
A las víctimas de la inundación y a sus familiares.*

*Periodismo es publicar algo que alguien no quiere que publiques;
todo lo demás es publicidad*

GEORGE ORWELL

Agradecimientos

Al Juez Luis Federico Arias, por haber aceptado el desafío y tener el coraje de seguir adelante, a pesar de todas las piedras puestas en el camino hacia la verdad. Y por poner siempre al ser humano por delante de cualquier cargo, título, función, especulación o interés.

Al Doctor Julián Axat, por haber convertido las sospechas de todos los platenses en acción concreta; la angustia de toda una ciudad en la lucha por saber cuántos y sobre todo, quiénes.

A Adelina Alaye, madre inspiradora y ejemplo de lucha, quien a pesar de su dolor va iluminando siempre el sendero hacia la verdad y la justicia.

A los familiares de las víctimas, por haberle puesto palabras a la ausencia, a las lágrimas y al dolor.

A aquellos, damnificados o no, que tomaron la causa de los inundados como una causa de todos.

A Gabriela, Esther, Lalo y a Javier, porque son incondicionales.

Índice

Presentación	8
Introducción a la primera parte	10
Introducción a la segunda parte	11
Mapa de la ciudad de La Plata, la noche de la inundación	13

PRIMERA PARTE

2 de abril de 2013, 16:30	15
Cristian	17
2 de abril de 2013, 20:30	19
2 de abril de 2013, 21:45	21
Raimundo e Irene	24
2 de abril de 2013, 0 horas	27
3 de abril de 2013, 1 de la madrugada	29
Dominga	33
3 de abril de 2013, 3de la madrugada	35
José Luis	37
3 de abril de 2013, 4 de la madrugada	40

3 de abril de 2013, 4:30	42
Beatriz	43
4 de abril de 2013, 4 de la madrugada	45

SEGUNDA PARTE

Juan Carlos	49
Nélida y Josué... o cuando 52 son 51	57
Meneca, silencio hospital	63
Valentina, Jonathan y los aparecidos <i>desaparecidos</i>	67
Andrés y <i>otros</i> gritos en el desierto	74
Todos los caminos conducen a la morgue	81
Morir dos veces: el agujero negro de la morgue	96
Epílogo	105
Bibliografía	110

Presentación

Sentimientos de angustia y orfandad todavía deambulan por las calles de la ciudad de La Plata. Ni sus plazas extensas, así como sus hermosas diagonales y avenidas, ni la ostensible intención de ocultarlo todo, pueden mitigar la marca de la inundación, que aún pervive no sólo en las fachadas de las casas, sino también en la memoria colectiva de la gente.

Todavía no es posible comprender el abandono de las autoridades hacia las víctimas, durante y después de la catástrofe, en su obstinado propósito de negar los hechos, o mitigar al máximo posible un impacto electoral negativo que aparecía como inexorable en el horizonte político.

Lo cierto es que el diluvio a su paso dejó al descubierto las peores facetas de nuestra institucionalidad: la ausencia de un plan efectivo de contingencias sociales para rescatar a las personas y salvaguardar su integridad psicofísica; la recreación de viejas prácticas policiales que remiten a los tiempos más oscuros y perversos de nuestra historia política; la ineficacia y complicidad de ciertos sectores de la justicia penal y, en consecuencia, la impunidad; el afán político/mediático de construir imagen, antes que obras; entre otros males enquistados en lo más profundo de nuestra cultura institucional, y que aparecen naturalizados por ciertos sectores de la sociedad.

El reverso de esa situación fue la solidaridad espontánea de la gente frente al dolor que atravesó a diversos sectores sociales, igualándonos frente a la adversidad. Muchos pibes de los barrios, sin reparar en riesgos, se abrieron paso en la corriente devastadora para

auxiliar a familias enteras y, en los días sucesivos, extensas caravanas de automóviles fueron aportando su ayuda desinteresada.

Con el trámite de las actuaciones judiciales fueron apareciendo historias y protagonistas que contribuyeron la reconstrucción de los hechos. María Soledad Escobar, desde su infatigable afán por conocer la verdad y su acercamiento a los familiares de las víctimas, ha sido uno de los pilares de esa tarea. Su activa participación en el proceso judicial, junto a las historias recabadas por Gabriel Prósperi a partir de su experiencia personal, constituyen, sin duda alguna, un gran aporte en el proceso de recuperación de la verdad, que aún está muy lejos de ser esclarecida en su integridad.

Luis Federico Arias

Juez en lo Contencioso Administrativo de La Plata
La Plata, mayo de 2014

Introducción a la primera parte

La inundación del 2 de abril de 2013 fue la peor catástrofe en la historia de la ciudad de La Plata. La inédita invasión de agua en calles y casas no se hubiera podido evitar pero el desastre de muertos, destrucción y dolor, sí. Falló todo antes, durante y después de la tormenta. Antes, porque los alertas no fueron suficientes para poner a resguardo a la población. Durante, porque los servicios de emergencia oficiales mostraron toda su precariedad. Después, por las irregularidades en el conteo e identificación de víctimas, que develaron la intención de las autoridades de ocultar información y eximirse de responsabilidades.

Yo estuve allí esa larga noche... Con el agua a los tobillos, a las rodillas, a la cintura, al pecho... Con la paciencia de esperar sentado en una plaza, tres horas, a que el agua bajara... Con la impaciencia y la inconsciencia de cruzar el río que era la calle 16... Con la certeza de que estaba viviendo un desastre.

Un día me puse a escribir sobre mi experiencia, pero no fue suficiente. Tenía que escuchar a los otros: a los que perdieron a padres, hijos, hermanos, amigos o vecinos; a los que extrañan, a los que luchan, a los que pocos escuchan. Mi historia y sus historias, están en la primera parte de este libro. Un libro que pretende aportar a la reconstrucción de la verdad histórica de aquellos dolorosos días que marcaron a la ciudad de La Plata para siempre.

Gabriel Prósperi

Introducción a la segunda parte

El día 3 de abril de 2013 cerca de las 9 de la mañana, salí a recorrer lo que ya sabía había sido una tragedia. Veía los rostros de mis vecinos deambulando como fantasmas en la calle, desolados, como zombis sacando a la vereda todo lo que había sido destrozado por el agua. Mi ciudad había muerto, ya no era la misma ni volvería a serlo. El llanto era incontenible.

No me inundé. Esa noche auxilié a personas que quedaron *varadas* en la puerta de mi casa. Baño, comida. No podían ir para ningún lado. Luego, ya sin luz, me llamó mi mejor amiga que vive a metros del arroyo El Gato. El destino quiso que mi teléfono celular no dejara de funcionar en toda la noche para poder darle sostén. A las 4 de la madrugada me pidió que fuera a buscarla a 7 y 32, se acercaría hasta allí junto a su hermana. Mi esposo no me dejó salir, quiso ir él. Arrancó el motor de su camioneta, salió y no pasó ni un minuto que estaba estacionando nuevamente en la puerta. «No se puede ir a ningún lado», me dijo. Salió a pie. Mientras tanto supe del primer fallecido dado a conocer en los medios cerca de las 4 am del 3 de abril en 7 y 517. Mi esposo pudo hablar con un bombero que indicó que mi amiga y su hermana debían permanecer en la casa y buscar un lugar alto para resguardarse pero nunca salir a la calle. Tal vez ese mensaje salvó las vidas de Silvia y Marcela. Diego, para ese entonces ya sabía que en La Loma estaban buscando desaparecidos.

Los días posteriores ayudé a Silvia a limpiar su casa, y recorrí la ciudad, amigos y vecinos afectados. Hablé con muchas personas que

habían visto cuerpos que pasaron flotando o que quedaron en donde el agua y el destino decidieron dejar.

51 muertos. Ese número era conocido por otra tragedia. Cuando el 5 de abril lo escuché por primera vez enfurecí. No era creíble. Eran muchos más. Por suerte no era la única con esa sensación, también había un Defensor del Fuero Penal Juvenil y un Juez. Todos los platenses sabíamos que era una mentira.

La segunda parte de este libro refleja un trabajo de investigación llevado adelante desde la convicción de que un plan de ocultamiento de víctimas fatales se había ejecutado. El 6 de abril, usando mi celular como grabador entrevisté a varios comisarios y al Jefe de la Morgue. El domingo 7 conocí al Juez Arias. Me presenté como *amicus curiae* en la causa llevada adelante por el Juez en lo Contencioso Administrativo. Desde la calle a los expedientes, desde los expedientes a la calle. Nunca pensé que llegaríamos tan lejos...

María Soledad Escobar

Mapa de la ciudad de La Plata, la noche de la inundación



PRIMERA PARTE

2 de abril de 2013, 16:30

-Te paso a buscar por la estación, para que no te mojes...

-No, dejá, llueve mucho. Quedate en casa. Yo me arreglo, quedate tranquila.

-¿Estás seguro?

-Sí. En un ratito nos vemos. Chau.

Corté con mi mujer y volví a mirar por la ventanilla: era una persiana de agua cayendo sin piedad. El tren avanzaba como empujando una roca gigante. Faltaban unas cuadas para la estación Tolosa. Cuando la locomotora frenó, los pocos pasajeros que bajaron se empaparon en segundos. Los que subieron, chorreaban agua hasta por las mangas.

Llegamos a La Plata. Las gotas eran cascotes chocando contra las chapas del techo aún sanas. Ese ruido lo invadía todo. Aturdía. El andén era una rayuela de charcos. A los saltos llegamos todos al hall. Me senté en un frío y cóncavo banco de concreto, solo. Allí decidí esperar a que el diluvio pasara. No había paraguas que aguantara treinta segundos el vendaval. Pero estaba seco, y eso, viendo a los osados que corrían bajo los baldazos buscando un colectivo o un taxi, era todo un premio.

Comenzó a hacerse de noche más rápido que cualquier otro día. Se prendieron los focos de la calle. El contraste de la luz y el agua hacía la lluvia más intimidante. Había pasado media hora de mi llegada y el temporal no parecía menguar. Me resigné a mi suerte. Otras personas se movían más inquietas en el hall. Una chica se sentó a mi lado y acordó un punto de encuentro con su ¿novio? Hablaba por celular y repetía «¿qué?», «¿qué?, «¿qué?»». La lluvia, los truenos y

las cataratas de los desagües le impedían escuchar. La chica llevaba un bolso pesadísimo. Volvía del fin de semana largo, seguro. Estaba apenas abrigada con un saco de hilo. La vi temblar, cortar y resoplar. Estiré de nuevo el cuello para contrastar el foco de luz con el agua: me pareció que llovía más fuerte. Los autos ya dispersaban agua acumulada en el asfalto de la calle 1. La cosa era grave. De pronto un trueno explotó y la luz se cortó por un momento. Cuando volvió me di cuenta que mis zapatos estaban pisando agua. El hall ya estaba siendo invadido por un enorme charco. La chica se percató de lo mismo. Se mordió los labios y llamó por celular. Intentó dos veces más y nada. Me pareció que estuvo a punto de llorar. Tiró una puteada al aire, se levantó, tomó su bolso y partió. Nunca supe si su ¿novio? la había pasado a buscar o si se aventuró sola en la tormenta. Ya no la vería más durante las otras tres horas que iba a pasar ahí, en el frío y cónca-vo banco de concreto.

Cristian

«Se los llevó el agua, así nomás. A mi hermano y a mis abuelos. No los tengo más. Todavía no caigo... No lo puedo creer». Gabriel Mendoza Benítez¹ habla mirando a la nada. Los ojos mojados de tristeza, las manos temblorosas y los pies sobre el cemento de lo que alguna vez fue el piso de su casa. Sólo queda eso, el piso de concreto y un inodoro. Todo lo demás, desde las paredes al techo; desde los muebles hasta su familia, todo, lo había devorado la inundación.

«Mi hermano, Cristian, había venido desde Paraguay hacía un tiempo. Se iba a volver a los quince días, pero le gustó y se quedó acá, conmigo, con mi tío y con mis abuelos. Se había inscripto en la facultad. Iba a empezar a cursar el 8 de abril...». Gabriel habla pausado, claro, locuazmente conmovedor. Apenas un día después del desastre se pregunta cómo seguir, qué hacer, cómo ladear el río de dolor que lo rebalsa. Relata paso a paso la tarde del 2 de abril. Su recuerdo está cruelmente cercano. «Yo estaba en el centro. Empezó a llover fuerte y me preocupé. Lo llamé a mi hermano y me dijo que la casa se estaba inundando. Fui a guardar el auto del trabajo a la cochera por si caía granizo. Cuando volvimos a hablar, Cristian me avisó que el agua ya les llegaba al pecho. Vine para acá lo más rápido que pude, no sé cuánto pasó. No se veía nada y diluviaba. Lo único que se escuchaba

¹ La entrevista con Gabriel Mendoza Benítez fue publicada el 4 de abril de 2013 en América Noticias, América TV.

eran los gritos de algunos vecinos en los techos. Hasta acá no pude llegar. A mi hermano y a mis abuelos no los vi más».

Gabriel, Cristian y sus abuelos vivían en una casa precaria, casi sobre la orilla del arroyo Maldonado, en Villa Elvira. Un arroyo que hasta el 2 de abril fue casi todos los días un hilo de agua corriendo entre yuyos, barro, restos de material y basura. La tarde de la gran lluvia, y en apenas dos horas, su caudal y su correntada crecieron diez veces. Todo lo que había a sus costados desapareció. «Cristian se pudo haber salvado. Pero eligió quedarse en la casa, con mis abuelos. Ellos no podían moverse por sus propios medios. Sí ayudó a mi tío a salir, para que pueda salvarse y buscar ayuda. Mi tío se salvó gracias a que pudo colgarse de una rama, en medio de la corriente. No sé cuantas horas estuvo así. Mi hermano hizo lo que pudo para salvar a la familia. Dio su vida por ellos. Tenía 18 años y dio su vida por la familia. Demasiado precio, para mí. Demasiado caro todo esto...».

A metros de donde habla Gabriel, a metros de lo que fue su casa, cientos de vecinos hacen una fila de dos cuadras esperando ropa y comida que llega en un camión. El hermano de Cristian los mira resignado. No va a ir. «Perder lo material es muy bravo, porque te cuesta mucho ganarlo. Levantar esta casa fue el laburo de años. Pero perder a tus seres queridos, a lo que más querés en el mundo, y por una lluvia fuerte, es muy doloroso. Es una puñalada al corazón».

El padre de Cristian y Gabriel, Hugo Mendoza Garay, viajó del Paraguay apenas se enteró de la tragedia para llevarse los restos de su hijo y enterrarlos en su tierra. Pero con el dinero justo en los bolsillos y la angustia galopante en el alma, Don Hugo tuvo que esperar varios días. En la morgue policial, a Cristian Mendoza Benítez, el hijo que murió como un héroe en la tormenta, lo habían anotado con un nombre equivocado.



2 de abril de 2013, 20:30

La avenida 44 estaba casi vacía. Los focos la iluminaban y el asfalto brillaba, aguachento y resbaladizo. Era feriado y los autos escaseaban. No había taxis ni micros. Llovía, sí, pero mucho menos que en las tres horas anteriores. Mi paraguas chino, berreta y averiado, aguantaba las gotas. La calle no estaba inundada y decidí caminar por ella. Las veredas estaban llenas de charcos. Todavía me sentía seco e intenté mantenerme así cuanto más pudiera. Quería llegar a casa.

Crucé Plaza Italia. Nada parecía anormal, más allá de enchastrarme un poco con alguna baldosa floja o algún adoquín traicionero. Seguí caminando bajo la lluvia por la 44. El paraguas aún se la aguantaba. Sentí calor; estaba muy pesado. Llevaba zapatos, un pantalón liviano, una camisa y una campera rompevientos, impermeable. Llegué a la esquina de 44 y 11. La lluvia se hizo un poco más intensa. Sentí temblar el celular en mi bolsillo.

-¿Dónde estás?

-A siete cuadras, en un ratito llego.

-Te caliento la comida...

-Dale, tengo hambre. Estoy un poco mojado, pero no mucho.

-Hace un rato bajé hasta el hall y vi que el auto tenía agua.

-¿Se inundó en la calle? ¿Hasta dónde?

-Hasta la mitad.

-Bueno, después lo vemos.

-Ahora bajó, pero se inundó...

-Aguantame, ya llego.

Corté con mi mujer y seguí caminando. Llegando a 44 y 12 había una enorme autobomba interrumpiendo el tránsito. Era una barrera: más allá no se podía avanzar. Los autos doblaban en U otra vez por 44 hacia Plaza Italia. Tampoco se podía transitar por 12 hacia 43. «¿Qué pasa acá?». Crucé 12 y caminé hacia Plaza Paso. No había luz; sólo los focos de los autos y la autobomba. Me mojé por primera vez las medias al intentar saltar el charco que se había formado en el cordón. Cuando subí a la plaza me di cuenta que había una docena de autos estacionados en los lugares más altos. Avancé entre los juegos de los chicos hacia la calle 14. Un haz de luz iluminó de pronto la calle: había al menos un metro de agua. Intenté mirar más allá, por la 44, hacia Plaza Azcuénaga, hacia mi casa. Todo era un enorme y borroso túnel oscuro, con piso de agua. Vi destellar la baliza de un micro varado que no pudo avanzar más, a una cuadra de la plaza, más o menos. En ese momento me di cuenta que iba a tardar mucho más de lo previsto en llegar a casa. Que lo que tenía delante de mis ojos era un verdadero desastre.

2 de abril de 2013, 21:45

-¿Dónde estás?

-En la entrada de un edificio, frente a Plaza Moreno.

-¿Cómo llegaste ahí?!

-Pensé que iba a poder cruzar hacia 19 si caminaba para el lado de 51... Pero está todo inundado. Es un caos. Además, llueve más fuerte que nunca.

-¡Sí, veo, por eso te llamo! ¡Estoy preocupada, por favor, quedate en algún lugar hasta que pare! ¿Estás bien?

-Sí, estoy bien. Empapado, pero bien.

-Bueno, avísame por donde andás, yo te espero hasta que vuelvas. Cuidate mucho, por favor.

-Quedate tranquila. Me cuido.

Traté de calmar a mi mujer pero en realidad yo estaba realmente asustado. En ese momento, llovía con una furia como nunca antes. Refugiado en la entrada de un edificio, sobre la calle 50, me quedé a esperar mejor suerte. No estaba solo. Había dos señoras y un matrimonio, con dos chiquitos. Ellos también hablaron por teléfono con algunos familiares a ver si los podían venir a rescatar.

Retrocedo en el relato. Cuando vi que desde Plaza Paso no había posibilidad de llegar a mi casa, en 44 y 18, decidí dar un rodeo. Fui hasta 13 y 45. Doblé por 45, pero no se podía ir más allá de la calle 14: estaba totalmente inundado. Volví hacia 13 y caminé hasta la calle 48. Por 48 pude cruzar la 14, también la 15 y pensé en tomar diagonal 73 hacia Plaza Azcuénaga. Imposible. Diagonal 73 y 16 era un lago oscuro y silencioso. En esa esquina vi por primera vez un

auto hundido hasta el techo. En ese momento, empezó a llover más fuerte. Apuré el paso y llegué hasta 48 y 16. Hacia la avenida 19, todo era agua. Decidí hacer un último intento: ir hasta 51 y tomar por esa avenida hasta la plaza Islas Malvinas... Ya en 51, desde 17 hacia 18, se veía una decena de autos tapados hasta las ventanillas. Había un metro y medio de agua.

Comencé a subir por 51, hacia Plaza Moreno. Antes de llegar a la esquina de 51 y 16 se largó con todo. *Baldazos*, era una metáfora light. Despedí a lo que quedó del paraguas y me guarecí bajo el alero de un portón; no fue suficiente: me empapé de pies a cabeza. Como pude, me colgué la mochila por dentro del rompevientos. Tenía que proteger el celular, el documento, la SUBE, la tarjeta de la obra social y los pesos que llevaba encima. Dejé el alero y corrí por la vereda del ala izquierda de la catedral. Crucé la calle 14 y enfilé hacia la vereda de la calle 50. Así llegué a la entrada del edificio. Era como una cueva en el bosque. Agitado, abrí la mochila y revisé si algo de lo que llevaba se había dañado seriamente. Decidí probar el handy del trabajo. Hablé con mi jefa y le expliqué que sería muy difícil que pudiera concurrir a trabajar al otro día. Ella me obligó a tomarme el día. Después llamé a casa y di el parte de donde estaba. Todo bajo el vendaval más contundente del día.

Plaza Moreno aún estaba iluminada. La catedral, totalmente naranja, parecía más imponente bajo el diluvio. Frente al edificio donde me protegía, un colectivo regulaba, estacionado. Había pasajeros en su interior pero no se movía... a la postre, nunca lo haría. De pronto, la plaza y la catedral se apagaron. Quedamos en la más absoluta oscuridad. Los hijitos del matrimonio que compartían el lugar conmigo gritaron, no de miedo, sino de aventura. Jugaban a ser superhéroes o algo así. Unos minutos después, apareció un auto: alguien había respondido a su llamado y los venían a buscar. Los cuatro corrieron bajo el diluvio, se subieron y partieron. Las otras dos señoras se subieron al colectivo. «¿Y si arranca y se va y yo me quedo acá solo, todo mojado?», pensé. Me subí al colectivo y me acomodé en el primer asiento. Los vidrios estaban empañados. Comencé a entumecerme y a tener frío. El chofer cerró todas las puertas. Seríamos 15 o 20 personas. Golpeó la puerta un señor mayor, todo empapado. El colectivero abrió.

-¿Vas por 44, para el lado de Olmos?

-De acá no me muevo, está todo inundado. Si quiere suba y protéjase de la lluvia. Pero de acá, sólo arranco para volver a la terminal... Si para.

El viejito se subió y se sentó detrás de mí. Limpié con la manga la ventanilla empañada. Bajo el diluvio, y sin luz, varios conductores se subían con sus autos a la plaza y los bulevares. Parecían asustados. Tal vez, habían llegado allí desde otras zonas de la ciudad donde el agua todo lo arrasaba.

Llevaba ya una hora y pico arriba del colectivo. Eran las 23:15. Le mandé un mensajito a mi mujer para tranquilizarla. Tiritaba de frío pero estaba a salvo del agua. Volví a hacer un circulito en la ventanilla para ver. El diluvio había pasado. Sólo caía una lluvia cada vez más tenue. Unos minutos después, dejaría de llover por primera vez desde las cuatro de la tarde.

Raimundo e Irene

Raimundo Eliseo Aguirre volvió a marcar. Esta vez, sonaba. «Hija, me llevo a mamá a la estación de servicio de 13 y 520. De ahí me tomo un taxi a tu casa. Estamos todos mojados y mamá, peor. Nos vemos». Y del otro lado de la línea: «¿Estás seguro, Papá...? Bueno...». Padre e hija, cortaron. Sería la última vez que se escucharían.

Rocío, la hija de Raimundo, recuerda con la voz entrecortada. Las lágrimas le fluyen sin parar. Sus ojos marrones se opacan por el dolor y de bronca. «De mi papá y de mi mamá no me queda nada. Ni ellos, ni sus cosas, ni las mías; ni la manta de mi mamá, ni el mate de mi papá... ni las fotos de chiquita».

Rocío perdió a su papá, Raimundo, y a su mamá Irene, al mismo tiempo, en la inundación. Los dos vivían con su hermana, Miriam, en la casa de siempre, en 15 y 520. «Mi papá era un hombre fuerte, 61 años, vital, gigante. Nunca un problema de salud. Mi mamá era discapacitada. El día de la inundación, mi papá perdió la paciencia. Se cansó del agua, de llamar y de no recibir ayuda... De ver a mi mamá mojarse aún arriba de la mesa». A las 5 de la mañana del 3 de abril, Raimundo pensó que iba a poder con el agua y con la corriente. Ya lo había hecho en otra inundación, hacía más de diez años, cuando cruzó la 520 con el agua a la rodilla de la mano de la propia Rocío. «Después de ese llamado, mi papá cargó a mi mamá y salió de la casa con al agua a la cintura. Mi hermana, Miriam, y su novio estaban con ellos. Mi papá perdió el equilibrio en una zanja, no hizo pie y cayó. Mi mamá fue arrastrada por la corriente; la iban a encontrar más tarde, ahogada, unos buzos. Mi papá gritó y se sumergió. Un chico que

vio todo desde el puente del distribuidor se tiró y lo sacó. Pero mi papá ya se había ido. Mi hermana quedó agarrada a la puerta de un 147 a medio hundir. Ella vio todo».

Aquella mañana del 3 de abril, Rocío esperaba a su papá en su casa de La Loma. Sonó su teléfono y pensó que era él. Pero no: era el aviso fatal. No creyó lo que escuchaba, le pareció un error; estaba segura de que su papá había salvado a su mamá; que había logrado surcar la inundación con ella; que volverían a su casa. La realidad la golpeó duro unas horas más tarde cuando vio a sus papás, uno al lado del otro, en la morgue del hospital de Gonnet. A partir de ese momento, la interminable pesadilla: «En el velatorio se nos acercaron por los avisos fúnebres del diario El Día. Me dijeron que el fallecimiento de mis padres figuraría con fecha 2 de abril. Yo los corregí y les dije que murieron el día 3. Me dijeron que todos los fallecidos en la inundación tenían que tener fecha del día 2. Lo que en ese momento me sonó raro sería un eslabón más de la cadena de irregularidades que vendría después». Rocío revuelve en su cartera y me extiende el certificado de defunción de su papá. Fecha y hora de muerte: 2 de abril a las 22. Causal de muerte: asfixia mecánica—sumersión. «Es decir, oficialmente, mi papá murió siete horas antes...».

Con el certificado en la mano, y con sus padres recién inhumados en el cementerio, Rocío fue a patear la entrada del Palacio Municipal. Su dolor se había convertido en bronca y su cansancio, en vitalidad para hacer escuchar su verdad. «El fiscal Condomí Alcorta, cara a cara, me dijo que tenía que autorizar una autopsia a los cuerpos de mis padres para avanzar en una causa por ocultamiento de prueba. Que tenía que exhumar los cadáveres... ¡¿Tengo que llegar a eso, a semejante ultraje a su memoria y a nuestro dolor, cuando mi propia hermana, su novio, y decenas de personas, arriba del puente, vieron cómo mis viejos se ahogaban?!».

Miriam, la hermana menor de Rocío, aún mojada, declaró todo lo que vio en la comisaría de Gonnet, esa misma mañana del 3 de abril. Lo propio hizo Rocío. El papel con la declaración de ambas desapareció. En la comisaría les dijeron que lo habían enviado a la fiscalía. En la fiscalía, que no lo encontraban... Que nunca llegó. «El fiscal, muy

educadamente, me dijo que qué más pretendía del caso, si mis padres estaban en la lista oficial de víctimas. ¡Qué le importa al fiscal si mi nene de cuatro años pregunta por su abuelo porque quiere jugar con él, porque no lo llama, porque lo extraña y nosotros no le podemos contar a ese nene semejante muerte! ¡Qué le importa al fiscal si mi abuela, la mamá de mi papá, de 94 años, aún no sabe de la muerte del hijo y que no se lo queremos decir, para que no haya otra tragedia en la familia!».

Rocío se seca las lágrimas una vez más. Vacía su taza de café. En silencio, activa su celular y me lo acerca. «Esta soy yo con mi papá...». Raimundo, canoso, sonriente, rozagante, alza a su nieto. Al lado, Rocío, también sonríe feliz. «Y esta es mi mamá, la de rojo...». Irene también ríe al flash, cachete con cachete con su nieto. «Me cuesta dormir, es como que quiero borrar todos los recuerdos. Al mismo tiempo, quisiera tener algo de ellos, una foto de chiquita, cualquier cosa, para tenerlos presentes. En la casa no quedó nada». Rocío hace silencio y da por terminada la charla. Se despide casi en un susurro: «Te puedo asegurar que aún hoy, a cada rato, escucho la voz de mi papá, la del último llamado, diciéndome que va a venir con mamá a casa».

2 de abril de 2013, 0 horas

Tenía mucho frío. El colectivo no se iba a mover de ahí. Pensé que si me bajaba, me movía y caminaba, tal vez me calentaría un poquito. Había parado de llover totalmente. Volví a tomar por diagonal 73 hacia calle 16 y plaza Azcuénaga. Deseé que el agua hubiese escurrido. Cuando llegué a calle 15 y miré hacia allá abajo me pareció que estaba aún más inundado que cuando diluviaba. Me asustaron la oscuridad y el silencio.

Por calle 15 enfilé hacia el lado de 44, otra vez. Ya en la esquina de 47, el agua nos llegaba a todos arriba de los tobillos. Y digo a todos porque en esa zona, entre autos sobre las veredas, caminantes mojados y vecinos asomados a las puertas y ventanas, éramos decenas. Una camioneta 4x4 tuvo una idea fenomenal: acelerar y encarar por el agua hacia 46. Sólo logró avanzar unos metros, hacer olas, inundar aún más las casas y recibir un coro de elocuentes recomendaciones: «¡La puta que te parió...!», «¡¿qué mierda hacés...?!». Ante la insistencia de los consejos, dio marcha atrás y se esfumó por calle 15, echando humo por el escape y el capot, y dejando un infernal olor a quemado¹.

¹ Meses más tarde confirmaría que el conductor de esa camioneta era el sobrino de Esther Ghidini, una víctima fatal de la inundación, que intentaba llegar desesperadamente a la casa de su tía. Recién pudo hacerlo a la mañana siguiente. Encontró a su tía fallecida en la casa.

Las únicas luces que había eran las de los autos. Miré hacia el cielo: se veía como una especie de fluorescencia anaranjada en las nubes espesas, reflejo de alguna zona de la ciudad que aún tenía electricidad.

Por la calle 47 corría un arroyo. No había más de medio metro de agua, pero la potencia de la correntada era capaz de arrastrar a cualquiera. Un grupo de chicas y chicos se atrevieron a cruzar para seguir caminando por 15 hacia la calle 46 y luego la 45 y así... Pero apenas se perdieron en las sombras de la noche y el agua negra, se los vio retornar, presurosos y asustados: «Imposible, viejo, imposible. Está mucho más hondo y el agua corre muy fuerte para allá», dijo el primer chico, que volvió a cruzar 47 hacia nosotros.

Yo estaba en el umbral de entrada de un edificio. Me quedé mirando el arroyo de la calle 47. El agua corría con furia. ¿De dónde salía tanta cantidad? ¿Cuándo bajaría? ¿Me convendría esperar ahí, a apenas seis cuadras de mi casa? ¿O intentar por otro camino y seguir moviéndome para no pensar en el cansancio y en el frío? Una hora después, me encontraría en un lugar todavía más desalentador.

3 de abril de 2013, 1 de la madrugada

Estaba cansado, mojado, con hambre. Quería volver a casa cuanto antes. ¿Por dónde? De 47 y 15, retomé el camino hacia Plaza Paso, por calle 13. El nivel de agua había subido respecto de la vez anterior. Ya no había tanto movimiento de autos. Sí había más autos en la elevación de la plaza. Los autos y sus dueños dentro, esperando que bajara el agua. Chapoteé hasta calle 12. El agua me llegaba a las pantorrillas. Decidí ir hasta Plaza Belgrano, en 13 y 40. «Tal vez allí el nivel sea menor y pueda cruzar», pensé.

En 12 y 43 no pude avanzar más. Doblé por 43 hacia 11. Por 11 inicié el camino hacia 40. A medida que avanzaba, había más y más agua en las veredas. En la esquina de 11 y 42, en la única ochava que no estaba inundada, vi una pareja, de a pie, cargada de bolsos. Habían regresado hacía un rato de su fin de semana largo. ¿Dónde quedaría su casa? ¿Vivirían por allí? ¿Esperaban un taxi que jamás aparecería? ¿Sabían lo que era la ciudad en ese momento?

Mientras avanzaba tomándome de las paredes, de los árboles y de los autos para no caerme, veía más gente. Todos caminábamos en silencio, en medio de la noche impensada e inacabable. En los autos había más gente, también en silencio, quizás dormitando; quizás masticando bronca; quizás digiriendo la angustia; quizá rezando.

Seguí. En Diagonal 77 y 11 doblé a la izquierda. Ya el agua me llegaba a las rodillas. No había nadie allí. Sólo oscuridad y autos hundidos, como juguetes en una bañera gigante. Llegué a la esquina de 40 y 12. La persiana de un local de la esquina estaba totalmente doblada hacia adentro. Me agarré de un palo de luz y tanteé con la

punta del zapato el filo del cordón. Pisé el asfalto. Por primera vez en la noche sentí en mis piernas la corriente, que bajaba por 12 hacia 39. Caminé con pasos cortos y firmes. Llegué al otro lado de la calle. Otra vez, tanteé el cordón con el zapato y subí a la vereda. Estaba en Plaza Belgrano. El agua me llegaba ya a los muslos. Empecé a caminar en la oscuridad más cerrada. Divisaba las siluetas de más autos subidos a lo más alto de la plaza. Mis pasos en el agua hacían demasiado ruido para tanto silencio. Era el único que caminaba por allí en ese momento. Mezclado con mi chapoteo empecé a distinguir otro sonido, como el de un manantial, una catarata, un torrente más fuerte. Llegué despacio a las tribunas de cemento que dan a calle 13. Cuando subí tres escalones, salí del agua y miré hacia la calle, se me estrujó el estómago: la avenida no existía: era un furioso río.

Me senté junto a unas quince personas que estaban en la misma tribuna. El agua corría a toda velocidad, de sur a norte. Miré hacia el otro lado de la plaza. Un reflector iluminaba la escena. Había más gente de aquel lado que de este. Subidos a la explanada del monumento a Belgrano se podían contar al menos diez autos. En el techo de una parada de colectivos había dos muchachos. En el medio de la calle, sobre lo que sería el boulevard tapado por la corriente, vi dos figuras humanas que se movían: una chica y un chico. Estaban agarrados del tronco de una palmera recién plantada. Se ve que habían intentado cruzar el río, pero la correntada los asustó. Un camión sin acoplado comenzó a acelerar en contra de la corriente. Muy de a poco logró llegar hasta la pareja. La chica y el chico se subieron a lo que sería la parte posterior del camión, donde iría enganchado el acoplado. Allí se quedarían un largo rato. El camión apagó su motor y se quedó, estoico, de frente a la correntada con la pareja atrás, tiritando, pero a salvo.

Yo no iba a cruzar por ahí. Por lo menos, no iba a intentarlo. No sólo por lo que había ocurrido con la parejita del árbol, sino por lo que acarreaba el río. En todo el tiempo que estuve sentado allí, vi pasar autos, carteles, palos... hasta una heladera de esas que contienen helados en los maxikioscos. Todo, absolutamente todo, a merced de la correntada... Como hojas en el agua que corre por un cordón un día de lluvia cualquiera.



Me senté y tomé de referencia un escalón de la tribuna para detectar si el agua bajaba. A esa altura de la noche me parecía que lo más sensato sería esperar allí a que bajara el agua y luego sí cruzar 13 y tomar la diagonal 76 hacia mi casa. Mientras pensaba en eso miré a mi izquierda y me topé con algo que no había visto hasta entonces: un auto, un Peugeot 306, flotando en el agua; pero no se lo llevaba la corriente porque había quedado trabado por la tribuna. Más allá, otro auto había quedado trabado por un poste de luz, sobre la vereda. Creo que era un Renault Clío. Aún tenía la luz del habitáculo encendida y la puerta del conductor abierta. Sin dudas, el conductor se había quedado adentro el mayor tiempo posible. Cuando vio que el agua lo tapaba y se lo llevaba con auto y todo, abrió la puerta como pudo y salió para salvar su vida.

La profundidad del agua en ese lugar no sería superior a los sesenta centímetros. Era bastante menor a lo que había en 12 y 43, por ejemplo. Pero claro, la corriente tan violenta convertía al lugar en un sitio salvaje, peligroso, temible... Un muchacho de unos 25 años, que había permanecido al lado mío durante una hora, no se amedrentó. Se ajustó la mochila, se arremangó los pantalones y se metió en el agua, dispuesto a cruzar. Ninguno de los que estábamos allí sentados atinó a frenarlo. Deberíamos haberlo hecho. Pero la curiosidad de ver si alguien podía desafiar y vencer al *río* pudo más. El muchacho llegó al cordón de la vereda. Bajó a la calle. Se estremeció, le temblaron las piernas y pareció que el agua se lo llevaría. Sin embargo, se equilibró con los brazos, se paró con las piernas abiertas enfrentando a la corriente y empezó a caminar despacio pero seguro, con pasos en diagonal. Sabía que no podía tardar ni quedarse en el medio: un auto o cualquier otro elemento podía venir arrastrado por la corriente, golpearlo y llevárselo consigo. El muchacho llegó al boulevard. Se aferró a otra palmera. Bajó nuevamente al agua y se dispuso a surcar el último tramo hasta la vereda de enfrente. Una vez más, la corriente estuvo a punto de voltearlo, pero se mantuvo de pie y siguió su camino. Llegó a la vereda, subió al cordón y aceleró el paso hacia el monumento. Lo había logrado. Le explicó vaya a saber qué cosa a alguien, del otro lado, que seguramente ya planeaba hacer lo mismo, pero hacia donde nosotros estábamos. El muchacho se ajustó otra vez

la mochila y se perdió en la oscuridad de la plaza, allá, del otro lado, fuera del alcance del reflector.

De pronto, el agua trajo un auto, despacio primero; más fuerte después. Se quedó trabado en la palmerita de la que se había asido hacía un ratito nomás el chico que cruzó la corriente. Allí duró unos pocos minutos. La palmerita cedió, se dobló y el auto siguió el camino que le designaba el agua. Instintivamente tomé el celular y grabé el movimiento danzante del auto arrastrado por el agua. Se perdió de nuestra vista en pocos minutos. ¿Hasta dónde habrá llegado?

Tres personas bajaron del monumento, enfrente. Iban a cruzar hacia donde estábamos nosotros. Decidieron hacerlo por detrás del camión estacionado. No llevaban cuerda para aferrarse unos a otros. Simplemente, se lanzaron al agua. También trastabillaron un par de veces, pero lograron sortear el boulevard, primero, y el cordón de nuestra vereda, después. Cuando llegaron a la escalinata donde estábamos, se abrazaron. Con el agua a los muslos se saludaron y se perdieron en la oscuridad de la plaza, cada uno por su camino. En ese momento no lo sabía, pero algo similar me tocaría vivir a mí, tres horas más tarde, y a varias cuerdas de allí.

Dominga

«La miré a mi mamá a los ojos y era como que miraba y no miraba. Estaba en shock. Le había dado un ACV». Soledad Meneses sobrevivió a la inundación. Pero su mamá, Dominga Araujo, de 70 años, no. Hasta el atardecer de aquel diluviente 2 de abril, el día transcurría como uno más. Pero a las 20 comenzó a entrar el agua y la tragedia a su casa.

«Mi mamá cuidaba a una abuela, una vecina de enfrente. Cuando empezó a inundarse todo, me crucé. Mi mamá estaba con los pies en el agua. La abuela, en la cama, asustada. Llamé a mi hermano para que nos ayudara. También, a los familiares de la abuela. En ese momento, el agua se nos vino encima de golpe, incontenible. Como pude, hundida hasta las rodillas, fui hasta lo de una amiga, a la vuelta. Allí, todavía no se había inundado». Soledad vivía con su mamá, su hija de diez años y otra hermana en 522 entre 9 y 10. A las 22:30 del 2 de abril, ya había casi dos metros de agua en la calle. El hermano de Soledad había rescatado a su mamá de la casa de enfrente. Luego, pasaría toda la noche en el techo de la casa de su mamá. Recién podría bajar de allí a las 11 de la mañana del día siguiente.

«Dejamos a mi hermano salvando las cosas que pudiera y con mi mamá y mi hija salimos de la casa antes de que nos tapara el agua. Teníamos que llegar hasta donde estaba seco. En 12 y 521 no había inundación. Caminamos más de dos cuadras, con el agua a la cintura, agarrándonos entre nosotras, aferrándonos a las rejas de las casas. El agua nos arrastraba. Yo me había comunicado con otra amiga que venía a buscar nos en una camioneta, desde Villa Elisa. Llegamos al punto de encuentro. Mientras la esperábamos, empapadas, mi mamá se descompuso. Algu-

na idea de medicina tengo por mi hermana, que es enfermera. Estaba segura que le había dado un ACV». En la camioneta de su amiga de Villa Elisa, Soledad logró llevar a su mamá al hospital de Gonnet. «Lo primero que debían hacer era sedarla, dormirla; pero no lo hicieron. Mi mamá estuvo ahí, amontonada entre otra gente, empeorando. Todo era un caos. Recién la vio una médica cerca del mediodía del 3 de abril. Habíamos pasado allí, en el mismo estado, casi doce horas».

La trágica odisea de Soledad y su mamá se extendería más de una semana. A las 13:30 del día 3 trasladaron a Dominga al hospital San Juan De Dios. Allí le comunicaron a Soledad que no podían hacerle los estudios necesarios a su madre. Tuvieron que volver a trasladar a Dominga. Nuevo destino: hospital San Martín. Ya eran las 20:30 del día 3: habían pasado más de 24 horas de la inundación. Una vez que a Dominga le realizaron los estudios tomográficos, se determinó la gravedad del cuadro, lo que Soledad ya había intuido: ACV. «Pero los médicos nos informaron que no podían mantenerla internada allí por la aparición de un virus intrahospitalario. Por eso, una vez más, mi mamá volvió a ser trasladada e internada en el San Juan De Dios».

A esa altura, Soledad y su familia ya sabían que el cuadro era irreversible. «Pero si la hubieran atendido como corresponde, sedándola, apenas la llevamos al hospital de Gonnet, tal vez se podría haber frenado el daño en curso».

La vida de Dominga se apagó el 11 de abril, en la Clínica de la Comunidad, en Ensenada. El 6 de abril la habían vuelto a trasladar. «Era como que ninguno de los hospitales quería correr con el peso de tener una víctima en sus camas. ¿Tanta especulación puede haber? ¿Tan poco puede valer para ellos una vida, la vida de mi mamá?». Soledad lagrimea por primera vez en su relato, sobre la taza de café tibio.

El certificado de defunción de Dominga Araujo dice «paro cardíaco no traumático». No hay referencia al ACV ni al por qué del ACV. Dominga Araujo no figuró en la lista *oficial* de víctimas de la inundación.

Soledad se seca las lágrimas, termina su café y sigue. «No nos interesa tanto el `cuántos` sino el `quiénes`. Cada uno de los fallecidos de la inundación deja una historia, un nombre y su recuerdo en cada uno de nosotros, que los lloramos y que no los olvidamos. Como no nos vamos a olvidar de lo que les pasó y por qué les pasó. Justicia queremos... Eso, nada más».

3 de abril de 2013, 3 de la madrugada

El agua no bajaba. Miré el escalón de referencia y seguía al mismo nivel. Había estado sentado en la tribuna de Plaza Belgrano más de dos horas. ¿Hasta cuándo aguantaría? ¿Y si tenía que permanecer allí dos horas más? Preferí moverme.

Bajé las escalinatas y retomé el camino de llegada, hacia calle 12. Todo estaba igual. Mejor dicho: estaba más silencioso. El silencio hacía ruido. Estaba decidido a ir hacia Plaza Paso: iba a intentar llegar a mi casa por el camino de siempre. Si el agua empezaba a bajar, se notaría primero en esa zona.

Llegué a Plaza Paso. La bordeé por la vereda que da a la calle 45. El agua sobrepasaba mis muslos. Mis ojos se habían acostumbrado hacía rato a adivinar siluetas en la penumbra. Cuando estaba llegando a la esquina de 44 y 14 me crucé con tres mujeres que caminaban hacia la plaza: «No se puede pasar. Es imposible cruzar 15. Mejor, volvete». No les hice caso. Bajé a la calle y empecé a remontar 44 por el boulevard del medio. Avanzaba aferrándome a los postes y los árboles. Llegué a calle 15 y la pude cruzar. El agua me llegaba a la cintura. Con la mano derecha me equilibraba o me agarraba de lo que podía. Con la izquierda sostenía la mochila sobre el pecho para que no se mojara. Crucé la calle y me subí a la vereda de los números pares. El agua ya me llegaba al estómago, pero no había correntada. Avanzaba despacio, tanteando cada baldosa y aferrado a las rejas y fachadas de las casas. De a poco llegué a la esquina de calle 16. El agua me llegaba al pecho pero parecía estancada. Eso me sorprendió y me hizo dudar. ¿Sería tan sencillo cruzar 16? Si lo lograba, sabía

que la avenida 44, hacia 17, subía: el nivel del agua, indefectiblemente, tenía que ser inferior. Traté de descubrir alguna silueta. Nada. Silencio total. Me sentí muy solo, por primera vez en la noche.

Aún con el agua al pecho, tenía que intentar cruzar 16. Me tomé de la pequeña saliente de una ventana que daba a la ochava. Apenas me despegué de la pared, sentí que la corriente me llevaba. Era muy fuerte. Me asusté. Si me largaba, tal vez pudiera asirme de un árbol. ¿Pero si no lo lograba? Con una mano disponible y con la otra sosteniendo la mochila sobre la cabeza, sería más que arriesgado. Volví a tomarme de la pared de la casa de la esquina. Regresé hacia donde estaba el agua más estancada. ¿Qué hacer? ¿Volver a Plaza Paso, buscando un lugar seco? ¿Intentar treparme a algún árbol hasta que bajara el agua? ¿Cuánto faltaría para que eso ocurriera? Ya habían pasado casi seis horas desde que había parado de llover.

Decidí cruzar la avenida 44, hacia la otra vereda. Surqué el boulevard y caminé en puntas de pie hasta que pisé el cordón. A unos metros de allí me pareció escuchar algo. Con el agua al pecho, me pegué a la vidriera de una juguetería y retrocedí hacia calle 15. Hice unos pasos y escuché un murmullo: unas personas estaban apostadas en las escaleras de entrada de un edificio. En medio de la oscuridad, y sin lograr vernos a los ojos, les conté de dónde venía y hacia dónde quería ir. Ellos me dijeron que también tenían que ir para el lado de Plaza Azcuénaga, pero que hacía varias horas que estaban allí porque «16 era imposible de cruzar». Les dije que tal vez, si nos tomábamos entre todos, como una cadena, podríamos cruzarla. Aceptaron, bajaron al agua y empezamos a caminar hacia 16, pegados a la pared. Éramos seis. Hablábamos permanentemente para reconocer nuestras voces. No podíamos vernos. Al llegar a la esquina, la corriente era muy fuerte. De todas maneras, estábamos decididos a cruzar.

José Luis

«No me olvido más de aquellos ojos, de aquella abuela, que me miraba del otro lado de la ventana. Las dos teníamos el agua al pecho, ella adentro de su casa, yo afuera. Después me enteré que esa abuela falleció. No pudieron rescatarla. El agua trabó la puerta y no pudieron hacer nada». Victoria Barnetche tiene 24 años. Habla con una entereza que impresiona. Ella podría haber sido una víctima más del desastre. Una víctima como lo fue su papá, José Luis.

«Mi papá tenía que terminar un trabajo en una camioneta y por eso aprovechó el feriado para trabajar tranquilo en el taller. A las 6 de la tarde, cuando la tormenta era muy fuerte, hablé con él por teléfono. Fue la última vez que escuché su voz». A José Luis nadie lo llamaba por su nombre. Todo el barrio y todos sus clientes lo conocían como *Jorge*. Su taller de electricidad del automóvil, en 37 entre 30 y 31, era uno de los más famosos de la ciudad de La Plata.

Aquella tarde del 2 de abril, Victoria y su mamá estaban en su casa de La Cumbre. Allí no se inundaba. Escuchaban la radio. A las 19:30 el informativo habló de una víctima fatal, una mujer, en 16 y 44. A Victoria el corazón le explotó en la garganta. «Llamé a mi papá y no me pude comunicar. El celular no me daba. Me desesperé. Empecé a preguntar a través de Twitter si alguien sabía cómo estaba la zona del taller de mi papá. Después subí su foto. Pero no me podía quedar con eso. Me puse una botas, un piloto y me fui a buscarlo». Victoria salió caminando con un tío. A cuatro cuadras del taller no pudieron avanzar más. El agua los arrastró. Un arbolito milagroso se puso en su camino. Se aferraron a él y esperaron a que pasara lo que pasara. «En

cuestión de minutos el agua pasó de la cintura al pecho, y del pecho a los hombros. No iba a poder aguantar más. Pensé en soltarme, hasta que vi una lucecita que venía hacia nosotros». Eran dos vecinos que avanzaban por el agua, con una señora mayor aferrada a un salvavidas. La señora era la mamá de uno de los rescatistas. Victoria supo que era su última posibilidad. «Me solté del árbol, y no sé cómo, logré agarrarme al flotador. Mi tío se quedó agarrado al árbol. Después lo rescatarían otras personas. Nosotros avanzamos por el agua hacia la calle del taller».

Victoria cuenta todo rápido. Teme olvidarse algún detalle. Su relato es frenético. El drama de aquella noche sale por su boca y por sus ojos negros y redondos. «El portón del taller de mi papá no se veía, estaba bajo el agua. Había, por lo menos, dos metros de profundidad. No se escuchaba más que las alarmas de los autos que habían quedado encerrados más allá del portón. Nosotros avanzamos agarrándonos a rejas y paredes. No había señales de mi papá. En ese momento, pensé que había salido por su cuenta, que tal vez ya estaba en casa. Entonces me preocupé por encontrar un lugar donde quedarme a salvo a esperar a que bajara el agua. La luz nunca se cortó en ese barrio. Si la gente no se ahogaba, se electrocutaba. No había gomones. No había bomberos. Estábamos solos». Los vecinos que la rescataron la llevaron al garage de una casa. Se quedó sobre el techo de un auto. Así pasó tres horas. A Victoria la rescataron definitivamente a las 6:30. «Cuando estábamos saliendo del lugar, casi sobre la esquina de 30 y 36, escuchamos los gritos de una señora. Estaba encerrada en su casa. Fueron a verla unos vecinos, pero ella no quería ser rescatada sola. Adentro, junto a ella, estaba su marido, fallecido. Esa señora moriría también horas después». Victoria hace una pausa y toma el primer sorbo de gaseosa. Yo, en silencio, trato de imaginar cómo hacía ella para convivir día a día con esas imágenes consumidas en aquella noche de horror. A su relato, aún le queda la parte más triste. «Llegué a mi casa y lo primero que hice fue preguntar por mi papá. No estaba. Ahí nomás, volví a subir sus fotos a las redes sociales. Después, volví a la calle, a buscarlo y a encontrarlo, como sea».

Victoria caminó, vio, preguntó, revisó, corrió, desesperó. Anduvo a ciegas, durante horas, hasta que llegó al taller de un amigo de toda

la vida de su papá. «Cuando llegué, lo vi llorando, abrazado a otro hombre. Se dio vuelta, me vio entrar, me miró a los ojos y no le salió ni una palabra. Sólo meneó la cabeza. No me acuerdo si estallé en llanto, me desmayé o qué». José Luis *Jorge* Barnetche había quedado atrapado por la camioneta que aquella tarde intentaba arreglar. Cuando el agua comenzó a crecer, quiso frenarla para que no fuera arrastrada. Su cuerpo, y la camioneta, aparecieron en 34 entre 23 y 24, a casi diez cuadras del taller. Lo encontró su propio hermano, el tío de Victoria, justo al mediodía del 3 de abril. «Mi papá vivió toda la vida en 37 entre 30 y 31. Pero hacía unos años había decidido que nos mudáramos a una casa en 529 y 31. Quería resguardar a su familia: 37 entre 30 y 31 siempre se inundaba».

3 de abril de 2013, 4 de la madrugada

Mientras estudiábamos cómo vadear la correntada de la forma menos riesgosa, una pareja apareció caminando de la nada. Doblaron desde 44, por 16, hacia 43. Les dijimos que hacia allí la calle hacía como un pozo y que había más agua que donde estábamos nosotros. Apenas nos escucharon, el hombre dijo: «nosotros podemos hacerlo». Tenía un bolso sobre la cabeza. A la mujer, el agua le llegaba casi a la pera. Ambos siguieron su camino. Apenas si divisamos sus siluetas un par de metros. Nunca supimos si lo lograron.

Contra la pared, sentí que sonaba mi celular. Logré atender. Le dije a mi mujer que no podía hablar, que estaba cerca, y corté. Nos tomamos de las manos con una chica y un chico. Íbamos a intentar cruzar en dos tandas. Encabecé la fila. Cuando bajé a la calle, sentí que la corriente me empujaba. Por debajo del agua sentía que me pegaban pequeños elementos. Me movía en puntas de pie, en diagonal. Yo empujaba para la vereda de enfrente; la corriente, para la calle. De a poco logré avanzar y tomarme de un árbol. Tanteé el cordón y subí a la vereda. El agua volvía a darme al pecho. Detrás de mí, la chica y su compañero hicieron lo mismo. Nos agarramos de la pared de una casa. Respiramos y esperamos al siguiente trío. No los veíamos. Les pedimos que gritasen mientras cruzaban. La corriente los había llevado unos metros más abajo de donde habíamos logrado cruzar nosotros. Pero eran dos. El tercero no pudo cruzar y quedó solo en la otra vereda. Todavía agitados, le gritamos que íbamos a buscarlo. La voz del sexto compañero nos contestó desde la oscuridad que estaba bien, que se iba a quedar donde estaba.

En ese momento, otros dos hombres, que nunca habíamos visto hasta ahí, aparecieron caminando entre el agua, por 44, desde 17 hacia 16. Llevaban una soga. Se acercaron a nosotros y les contamos que uno de los nuestros había quedado del otro lado. Uno de los hombres aferró la soga a un árbol y la sostuvo de un extremo. El otro, tomó la otra punta y atravesó la corriente a nado. Desapareció de nuestra vista. Al minuto, venía tomado del hombro con nuestro compañero. Los dos hombres desataron la soga y siguieron su camino por calle 44 *hacia abajo*. Eran rescatistas voluntarios, vecinos comunes y corrientes, que estaban buscando gente en apuros... como nosotros. Apenas si les pudimos agradecer. Siguieron su camino, con el agua al pecho y con la negrura de la noche en los ojos.

Los seis, en hilera, caminamos hacia calle 17. El agua bajó del pecho a la panza; de la panza a la cintura; de la cintura a los tobillos. A la altura de la calle 44 entre 17 y 18, en la puerta de mi casa, el agua apenas tapaba nuestros zapatos. Nos despedimos con abrazos entre los haces de luces de un patrullero estacionado en el medio de la calle. No recuerdo sus rostros ni sus nombres. Seguramente, ellos tampoco los míos. Pero jamás olvidaremos aquellos minutos que pasamos juntos en la madrugada del 3 de abril de 2013.

3 de abril de 2013, 4:30

Cynthia, mi mujer, se asomó con una linterna al pasillo del primer piso del edificio. Cuando me vio aparecer por la escalera, corrió y me abrazó fuerte. Había escuchado el portón de entrada y salió, como tantas otras veces en la noche, a ver si era yo... Y esta vez era yo. Las lágrimas de los dos eran la marca de la angustia.

Entré a casa, me saqué la ropa mojada y sucia, y me metí en la ducha. Me quedé mirando el piso negro, con el chorro caliente pegando en la nuca. La temblorosa luz de una vela apenas iluminaba los azulejos. Cerré el agua y salí. La ropa seca me pareció un trofeo. En la mesa me esperaba un tazón de sopa. Hablé poco. Quise guardar las palabras para otro día. Me metí en la cama.

Para mí, la noche dramática había pasado. Allá afuera, para miles, recién empezaba. Para otros, muchos, todavía sigue.

Beatriz

«Esta casa era el punto de reunión de toda la familia. Hijos, sobrinos, hermanos, primos, todos, a la casa de la abuela. Siempre. Y ahora, la abuela ya no está. Desde la noche del 2 de abril, mi abuela ya no está». Fabricio Breccia habla orgulloso de María Beatriz Velinzas, mientras me señala por una ventana una columna del patio interior, con una marca azul. «Hasta ahí llegó el agua. Un metro sesenta y pico; por encima de la cabeza de mi abuela».

Beatriz tenía 78 años. Vivía sola. La mañana del 3 de abril apareció arrodillada, en su pieza, de cara a la pared. Estaba golpeada en la cabeza. ¿Había muerto durante la inundación, ahogada...? ¿Había muerto impresionada y asustada, de un paro cardíaco...? ¿Había muerto por una hipotermia al no recibir atención médica...? No se sabrá nunca: a Beatriz, como a tantos otros, no le hicieron autopsia. «La mañana del 3 de abril esto fue un caos. Vino la policía y se llevó el cadáver. Lo cargaron en una camioneta donde había no sé cuántos cuerpos más. Los cargaban como bolsas». Fabricio me ceba otro mate en el living donde su abuela miraba televisión y tejía todas las tardes. Hoy habita la casa con su novia. Era la primera vez que yo entrevistaba al familiar de una víctima en la casa de su tragedia. «Hasta las 20:30 del 2 de abril no había agua en la casa. A pesar del diluvio, apenas había entrado un poco por debajo de la puerta; nada fuera de lo común. El hermano de mi abuela estaba con ella. Como no pasaba nada grave, se fue a su casa, acá a una cuadra. Cuando mi abuela se quedó sola, se largó el chaparrón fuerte de las 9 y pico de la noche. Mi tío no pudo volver. Mi abuela se quedó sola. Veinte minutos des-

pués iba a tener más de un metro de agua dentro de la casa». El vecino de Beatriz le ofreció ayuda. «Beatriz, venga a casa, que la cosa se está poniendo fea, le dijo; pero mi abuela era una persona muy terca: no iba a abandonar la casa pasara lo que pasara. Y así fue».

Antes del desastre, Beatriz estaba más preocupada por su hija, la mamá de Fabricio, que por ella misma. La casa de su hija, en 62 y 25, tenía casi un metro de agua. «Pero mi abuela sabía que mi mamá se iba a arreglar bien: la casa tiene un primer piso, así que si el agua seguía subiendo, se iban a poder guarecer en el piso de arriba». Hasta las diez de la noche, madre e hija se comunicaron sin problemas. A esa hora, Beatriz reconoció que el agua estaba entrando, que ya le llegaba a las rodillas. Sería la última vez que hablarían. «Mi abuela no atendió más el teléfono inalámbrico. A la mañana siguiente, unos chicos del barrio que salieron a rescatar vecinos me dijeron que no pudieron abrir la puerta de entrada. Que no pudieron hacer nada».

A la hora que su abuela veía entrar implacablemente el agua, Fabricio rondaba por La Plata tratando de llegar a la casa de 36 entre 29 y 30. «Estaba en bicicleta. Andaba por donde me dejaba el agua; otro poco, caminaba con la bicicleta al hombro. Finalmente, resignado, me fui a donde yo vivía, en Tolosa... en la única zona de Tolosa que no estaba inundada». Fabricio es joven, alto, fuerte. Hoy todavía lagrimea entre preguntas. «Me pongo a pensar, ¿viste?, y me parece increíble. Que la gente que vivió toda la vida en La Plata, que nació acá, se haya tenido que morir por una inundación... Alguien tiene que responder por esto».

Fabricio es periodista. El 15 de abril de 2013, en el portal realpolitik.com.ar, escribió: «La casa parece más grande, no es la casa que hace poco visité para saludar a la vieja. Ahora, reconozco las dimensiones que tenía en mi infancia: las paredes imposibles de trepar, el patio infinito que invita a correr, las ventanas abiertas como brazos que te alcanzan para llegar al techo. Las plantas, el galpón, el olor a tabaco, las cosas. Ahora la casa está vacía. Sin muebles, sin cigarrillos, sin mi abuela».

4 de abril de 2013, 4 de la madrugada

Sonó el despertador, lo apagué y me levanté de un salto. No se veía nada. La luz seguía cortada. Intenté adivinar algo allá afuera, por las hendiduras de la persiana. Sólo había una insignificante claridad que no alcanzaba a alumbrar nada. A tientas me puse la ropa que había preparado en una silla, al lado de la cama. Me acordoné los zapatos y, adivinando el recorrido, llegué a la mesa del comedor. Encendí una vela. Iluminé de nuevo mi habitación: mi mujer dormía con mi hijo abrazado a su cuello.

En el baño, mientras me cepillaba los dientes, intenté escuchar algo que viniera de la calle. Nada. Ni autos, ni micros, ni motos, ni voces. Sólo algún perro, ladrando, a la distancia. Tomé el celular descargado, un poco de dinero, las llaves y la mochila. Me puse la campera y tomé un vaso de agua. Salí al pasillo del edificio, ya sin la vela. Como si tuviera los ojos cerrados y en *piloto automático* bajé las escaleras y llegué a la puerta de calle. Detrás del vidrio pixelado todo era oscuridad. Abrí y salí... Una boca de lobo.

Tomé por la vereda de siempre, por esa que veinticuatro horas antes tenía un metro de agua. El olor a barro y humedad lo invadía todo. No había viento. Crucé la calle 17 hacia Plaza Paso. Casi choqué con el kiosco de diarios. El agua lo había levantado y lo había depositado en el medio de la vereda. Lo esquivé y seguí caminando. En medio de la oscuridad y el silencio lo único que se escuchaban eran mis pasos sucios de barro, hojas y ramas.

Casi al llegar a la calle 16, se encendieron las luces de un auto estacionado sobre la vereda. ¿Querían ver quién andaba por ahí o

sintieron pasos y me iluminaron el camino? La solidaridad y el miedo, por esas horas, iban de la mano. No pude ver quién estaba dentro. Tampoco cruzamos palabras. Yo sólo seguí mi camino. Tenía que llegar a la parada del micro, como cada madrugada.

Levanté la vista hacia la juguetería de la esquina. Tenía varios vidrios rotos. Adentro pude adivinar que todo era un caos de muñecos y cajas destruidas. En ese lugar, el agua había llegado casi a los dos metros. Instintivamente, me llevé la mano al cuello: la medida del agua en mi cuerpo cuando crucé hacia mi casa la madrugada anterior.

Otro auto iluminó mi camino. Y otro más allá. La gente dormía en sus autos. Sus camas, sus colchones, sus frazadas, sus sillones estaban inutilizables. Preferían la humedad del auto a la calamidad de sus casas.

Llegué a la vereda de Plaza Paso. La bordeé despacio. No había nadie en la calle. La oscuridad era total. Avancé tanteando las paredes. Crucé calle 13 y me coloqué en la parada. Miré al cielo: no había luna y un océano de estrellas se dejaba ver como nunca.

Esperé varios minutos. ¿Serían más de las cuatro y media? Empecé a preguntarme qué hacía ahí; cómo pretendía que pasara algún micro que me llevara a Buenos Aires. ¿Y si la autopista estaba bloqueada? ¿Y si el Camino Centenario seguía intransitable? ¿Y si habían prohibido el transporte pesado por el centro de la ciudad? Cuando comenzaba a convencerme de pegar la vuelta, escuché un motor. Por la esquina de la calle 44 doblaron dos luces blancas. Sólo eso se veía. ¿Sería...? Bajé a la calle y moví los brazos para que me vieran. Era el micro de siempre, con el chofer de siempre. «Pensé que no iba a llevar a nadie hoy. La ciudad es un desastre. No hay nadie y no se ve nada». Le comenté a cuentagotas lo que había vivido la madrugada anterior. El chofer me contó una anécdota que no recuerdo. No había asientos ocupados. Elegí uno en el medio. Por la ventanilla no se veía nada. No había alumbrado público. Adiviné el camino: calle 13, hasta 32; dobló a la derecha; trece cuadras hasta calle 1 y las vías. Una curva hasta diagonal 74, dobló a la izquierda y frenó en la parada de la rotonda de la calle 120. Subió otro pasajero. La autopista estaba liberada. Apenas el micro hizo el rulo de ingreso, me dormí.

Buenos Aires era la de siempre. Por un momento quise gritarles a todos, a las 5 y 25 de la madrugada, que en La Plata estábamos

devastados. Me tomé el colectivo 108 y me senté. Dormité una vez más: esa noche había dormido tres horas. La anterior, la del desastre, otro tanto.

Llegué al canal. Nadie esperaba que fuera ese día. Mis compañeros me abrazaron y me preguntaron cómo estaba yo, cómo estaba mi familia, cómo estaba mi casa. No podían creer que hubiera llegado hasta allí. Hasta ese momento, yo no había visto ninguna imagen por televisión. Cuando me acerqué a los monitores entendí por qué la expresión de incredulidad de todos: aún habiendo vivido lo que viví no dimensioné lo que habíamos pasado los platenses hasta que vi las imágenes. Desde el aire, desde el suelo, desde las casas, desde los techos, todo se veía tan dramático, tan desolador, tan triste.

Un compañero, Fernando Chirelli, me preguntó si tenía ganas de contar mi experiencia en vivo. Hasta ese momento, nunca me había puesto delante de una cámara. Le dije que sí. Tomé el micrófono y comencé a relatar todo, de atrás hacia adelante: la calle 44 negra de oscuridad y barro; los autos-aposentos iluminando mi camino; la tarde anterior, recorriendo el barrio, viendo a los vecinos en silencio, tirando sus muebles, sus recuerdos, su historia; la mañana después del agua, con las calles vacías, los autos apilados, los árboles tirados, las historias de los vecinos, los rumores de muerte y tragedias; la madrugada del desastre, con el agua al pecho y el miedo en todo el cuerpo; el viaje en tren de la fatídica tarde del 2 abril y ese diluvio que ya presagiaba lo peor. Cuando me callé y miré a Fernando y a mis compañeros del control, todos lloraban. Lloraban conmigo y con todos. Ahí, en ese preciso instante, sentí que había sobrevivido.

SEGUNDA PARTE

Juan Carlos

La foto corre por las redes sociales: un cuerpo tapado con una sábana blanca. El cuerpo está sobre el pasto, en la rambla de la avenida 32. A su izquierda, un cono naranja. A su derecha, borcués negros de policía. 3 de abril, a la mañana. Una víctima a la vista de todos. Una víctima que no aparecería en la lista oficial de fallecidos. Una víctima que develaría la intención de tapar, de ocultar. La víctima 52: Juan Carlos García.

La noche del 2 de abril, los García veían diluviar por la ventana de su casa de 22 y 34. Advirtieron que el agua subía y subía. Detectaron que les entraba por la puerta del patio. Pensaron que se trataría de una inundación más de las varias que habían sufrido. Se equivocaron. Cuando el agua comenzó a inundarlos seriamente, Juan Carlos decidió que debían salir y guarecerse en una casa vecina. Su esposa quedó a salvo según el plan. Pero él no pudo contra la corriente. El agua se lo devoró. Sus vecinos lo vieron perderse en el torrente negro e interminable. Varias horas más tarde, a tres cuadras de su casa, el cuerpo de Juan Carlos García sería hallado por su propia hija, Paola. A continuación, la que cuenta la historia de Juan José García es su propia hija:

[...] Y corrí en el agua hacia un palo que creo que era de un canasto para la basura, y sobre el agua negra vi algo que sobresalía. A medida que me acercaba, como en cámara lenta, me daba cuenta. Estaba totalmente sumergido, lo giré y lo

reconocí. Estallé en gritos: «¡Ayúdenme, es mi papá, es mi papá [...]!»

Vinieron enseguida unos chicos con un kayak, lo subieron y fuimos una cuadra más hacia la rambla de la calle 32, donde ya no había agua, y lo apoyaron sobre el pasto...

Desde las 6:30 de la mañana hasta las 2 de la tarde, estuvimos sobre la rambla. La gente se acercaba y me daba las condolencias. Éramos todos desconocidos pero estábamos viendo la misma tragedia. Un vecino lo tapó con una sábana blanca. Una señora me pidió permiso para hacer unas oraciones; otros decían «es un señor...». Sí, pensaba yo, es un *señor*, con mayúsculas... es mi papá. Otros sacaban fotos, y el tránsito se incrementaba porque el agua bajaba, pero pasaban lentamente como una caravana que quién sabe a dónde se dirigía; todos con rostros de tristeza, como zombis sin rumbo, viendo sin comprender. Pasaban camiones de gendarmería, camionetas de policía, bomberos, gente con vehículos particulares, pero nadie paraba... nadie nos ayudaba.

Unos policías que nos *acompañaban* con unos conos naranjas que ubicaron hasta que llegara supuestamente la morguera -que nunca llegaría- nos explicaban que la morguera retiraba sólo de a tres cuerpos. Yo pensaba: «¿cuántos más fallecieron...?». Una señora se había acercado un rato antes para decirles a los policías que tenía el cuerpo de un hombre en la puerta de su casa; otra señora les había dicho que vio a un hombre debajo de un auto. Esas mismas mujeres volvieron un rato después para reclamar que los cuerpos seguían en el mismo lugar. Y nosotros también seguíamos ahí...

Llegaban los pocos con los que nos pudimos comunicar: primos, cuñados... Ante tanta desesperación yo pedía que busquen una guía telefónica; yo sólo quería velar a mi papá. Llamamos a una casa de sepelios -la primera que nos atendió- y nos dijeron que nos mandaban enseguida una ambulancia. Yo sólo quería salir de ese dolor interminable, y así fue. Los policías abrieron paso para que pasara la ambulancia y retirara el cuerpo de mi papá para ser preparado

en la casa velatoria. A las 2 de la tarde ya estábamos gestionando el sepelio. Me aclararon que, si quería velarlo ese mismo día, debía pagar 300 pesos para hacer el certificado de defunción y evitar una autopsia. Yo pensé: «¿Autopsia, para qué, si ya sabemos lo que pasó?». Seguimos hablando de plata:

- Decime, ¿cuánto es el total?

- 7800 pesos.

- Bueno, en efectivo.

Respetamos los pedidos de mi padre en vida: nada de flores, una botella de whisky, crematorio y que sus cenizas sean arrojadas al mar en Villa Gesell. Y así fue...

Y después de esta tragedia, el horror de tener que seguir transitando la vida conviviendo con la mentira, con la hipocresía, la corrupción, la negligencia administrativa. Cuánto cinismo, cuánta frivolidad, cuánta indiferencia, cuánto desprecio por nuestros muertos; nuestros muertos, como Juan Carlos García, que no es para nosotros, como para ellos, un número... Él siempre será Juan Carlos García, o JC o el Gordo, o Quito... Él siempre será un señor, que tenía una familia, con su esposa, sus tres hijas, sus nietos, sus yernos, sus cuatro hermanos, sus sobrinos, sus sobrinos nietos, sus cuñados, sus cuñadas, sus primos, sus amigos, sus compañeros de trabajo.

Todos lo vamos a extrañar¹

El certificado de defunción de Juan Carlos García, que con tanta celeridad le ofrecieron a Paola en la casa velatoria, dice respecto de la causa del deceso: «Paro cardiorrespiratorio no traumático». En el formulario 03 del Registro Provincial de las Personas, donde que-

¹ Texto extraído de un relato publicado por Paola García, el 7 de mayo de 2013, en el grupo abierto «Historias del temporal», de Facebook.

dan asentadas legalmente las defunciones, dice respecto de la causa de la muerte de García: «carcinoma hepático». Dos causas de muerte: una inmediata; la otra mediata. Ninguna de las dos hace referencia a la inundación. El formulario 03 fue firmado por la doctora Viviana Sansone².

El fiscal Juan Cruz Condomí Alcorta, titular de la UFI N° 5 del Fuero Penal platense, y encargado de la investigación penal por lo ocurrido el 2 y 3 de abril, habría estado al tanto de que García había sido una de las víctimas de la inundación. Sin embargo, el apellido García nunca figuró en la lista oficial de fallecidos confeccionada hasta ese momento. En la causa tramitada en el Juzgado N° 1 del Fuero Contencioso Administrativo Bonaerense, a cargo del juez Luis Federico Arias, consta la declaración del encargado de la empresa Río Sepelios -donde despidieron los restos de García-, quien expresó que ese día «viene la gente de la UFI, Virginia, de la UFI N° 5 y dice que no van a hacer oficio porque no hay causa penal y llama al Registro Civil (sic) y le dijo que van sin oficio». ¿Por qué no había acción penal cuando García apareció muerto en la vía pública? ¿Por qué no se cumplieron los pasos procesales correspondientes? ¿Por qué el cadáver no pasó por la morgue? ¿Por qué permitieron que lo cremaran sin autopsia? Tal vez la respuesta comenzó a darla, sin querer, el titular de la comisaría de Ringuelet, unos días después del fatídico 2 de abril.

Soledad. Diario de investigación. 8 de abril de 2013

Llegué a la comisaría de Ringuelet. En mis bolsillos llevaba dos cosas: una, la lista de 51 víctimas que se había publicado el 5 de abril en los diarios y que había emitido el Ministerio de Justicia y Seguridad bonaerense. Pasé nombres y edades a un excel. Quedó así:

² Según consta en la causa judicial tramitada en el juzgado de Luis Federico Arias, Sansone también se desempeñaba como médica forense de la Policía Bonaerense.

INUNDADOS LA PLATA / LO QUE EL AGUA NO ENCUBRIÓ

	APELLIDO	NOMBRE	EDAD	Lugar de hallazgo
1	Aguirre	Bernardo Abel	55	
2	Aguirre	Rolando Eliseo	65	
3	Ahumada	Lucila	65	
4	Arias Burgos	Irene del Carmen	50	
5	Benítez	Máximo Mendoza	88	
6	Benvenuto	Floria	60	
7	Carmona	Cora Elida	55	
8	Cebey	Rita Esther	64	
9	Chás de Beccacesi	Dora Esperanza	40	
10	Cid	José	56	
11	Cisneros	Elba Ana	70	
12	Colauti	Jorge Pío	70	
13	Colognna	Delia Susana	64	
14	Cripppo	Oscar	82	
15	Díaz	Jorge Javier	56	
16	Ferreyra	Anastasia	68	
17	Galli	Celia	72	
18	Galzerano	José Mario	52	
19	Golatilech	Carlos Alberto	43	
20	González	Haydee Esmeralda	84	
21	Gudini	Hilda Ester	80	
22	Guerrero	Nicolás Serapio	30	
23	Jurado	Juan Rodolfo	30	
24	Jurado	Rodolfo Juan	64	
25	Lancon	Leonor	94	
26	Lancon	Alberto Néstor	91	
27	Logiurato	Orlando	91	
28	Manarino	Filomena	87	
29	Manise	Haydee Alejandra	85	
30	Marconatto	Lía Angélica	81	
31	Mendoza	Fernando	81	
32	Monjes	Esteban Ezequiel	81	Toloso Min. Nuyel Gdn
33	Monzón	Enrique	75	52 920/192
34	Morel	Felicitas	74	
35	Páez	Elsa Isabel	47	
36	Palomina	Eutinia Clara	23	
37	Piotti	Guillermo Raúl	21	
38	Rivero	Luis Mario	79	
39	Rojo	Gloria René	95	
40	Ruiz	Feliciana Garay	91	
41	Salinas	Bartolomé Néilda	76	
42	Salinas	Enrique	93	
43	Scarlán	Amilcar Vicente	86	
44	Suárez Salazar	Josué Gonzalo	70	
45	Varela	Juan Alberto	81	
46	Velinzak	María Beatriz	96	
47	Zanzana	José Gerardo	68	
48	Avila	Juan María	80	
49	Barghette	José Luis	20	55 E/leche N. 27 30 y 31
50	Posse	Anahí	30	13-505405 → Mariz Lave
51	Romero	Dora	88	

36 y 25

59 y 21

Toloso Min. Nuyel Gdn
52 920/192

55 E/leche N. 27 30 y 31
13-505405 → Mariz Lave

Inanna 29 e/38 y 38

En el otro bolsillo, llevaba mi celular. Lo puse en modo grabador y entré a la seccional. Quería saber cuántas víctimas habían registrado allí. Me atendió el comisario. Me dijo que tenía dos. Uno de ellos, figuraba en la lista: Esteban Monjes. El otro apellido, no estaba: García.

Esta es la transcripción de la grabación que consta en la causa judicial tramitada en el juzgado de Luis Arias:

Comisario: -Acá tenemos Juan Carlos García, de 32 y 21... y 22...

Yo: -¿Ustedes cubren esa zona también...?

Comisario: - Es el límite con «Cuarta»...

Yo: -¡Ah...!

Comisario: -No pero el otro... el hallazgo del cuerpo fue acá pero fue girado a «Unión»³... Esteban Enrique... Y ya le digo el apellido... ¿a ver...? Dígame cómo es el apellido...

Yo: -Esteban Ezequiel Monjes...

Comisario: -¡Ese...! Pero eso es «Unión», ¿eh?, no es nuestro... El cuerpo apareció acá...

Yo: -Está, ¿y la cantidad de fallecidos, acá en Ringuelet...?

Comisario: -No, no, no... esos dos nada más. O sea, uno y medio, no sé cómo llamarlo...

Yo: -Es que ese es el problema, también, porque hay gente que ha visto cuerpos pasar y quiere saber a dónde quedaron...

Comisario: -No, este Monjes, tomaron el paradero en «Unión» y...

Yo: -Está... pero este no lo tenemos, igual... Juan Carlos García, no lo tenemos...

Comisario: -Lo que pasa que la fiscalía ordenó que si el médico de Policía certificó la causal, se lo entregaran a los familiares.

Yo: -No se judicializó...

Comisario: -No sé, fue por reconocimiento médico; reconocimiento médico y entrega a los familiares.

Salí de la comisaría y me fui al lugar donde habían encontrado a Juan Carlos García. Desde la Avenida 32 comencé a subir por la calle 21 preguntando a los vecinos si habían visto a algún fallecido en el lugar. En 21 entre 33 y 34, me dijeron que un cuerpo había quedado flotando, enganchado a un poste; que una mujer joven se había acercado alrededor de las 7 del 3 de abril y que al encontrarlo empe-

³ Se refiere a Destacamento La Unión, ubicado en Avenida 137 e/ 527 y 525. La Comisaría de Ringuelet, seccional La Plata 11^a, está ubicada en 530 y 14. Cuando habla de «Cuarta» se refiere a la seccional La Plata 4^a, ubicada en Diagonal 73 e/ 21 y 22.

zó a gritar y a pedir auxilio, y que luego otros vecinos la habían ayudado a subirlo a un bote para llevarlo a la rambla de 32, donde no había agua.


Así, preguntando, llegué a la casa de los García, en 22 y 34. Me atendió una de sus hijas, que estaba limpiando la casa. Me presenté y se mostró muy desconfiada. Le expliqué que lo único que quería era ver el certificado de defunción de su papá. La chica me dijo que el certificado lo tenía Paola, su hermana. Me dio la dirección de su casa y fui para allá. Paola me recibió igual de desconfiada que su hermana. Además de angustiada se la veía cansada. Me dijo que, entre las tantas personas que habían pasado por su casa, había pasado gente que se identificó como funcionarios del Ministerio de Justicia y Seguridad bonaerense. Logré que me contara todo lo que había vivido, incluso las más de cinco horas que había tenido que estar al lado del cuerpo de su papá en la rambla de 32. Paola me mostró el certificado de defunción. Le saqué una foto con mi celular.

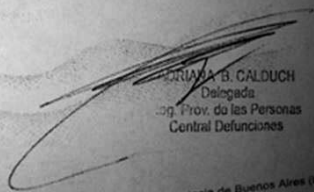
CERTIFICADO DE DEFUNCION

CERTIFICO: Que bajo el ACTA 846 TOMO BI FOLIO 13 del AÑO 2013
 Del Libro de Defunciones de la oficina de La Plata Centralizadora
 Se encuentra inscripta la defunción de GARCIA Juan Carlos

Ocurrida el día 03 del mes de Abril del año 2013 a la hora 1130 Siendo de
 nacionalidad Argentina de sexo Marc de 62 años de edad, de estado civil Casado
 con Emplesado de Profesión Emplesado
 Domiciliado/a en 34 N° BSG La Plata D.N.I. 60.156.61
8383504 a consecuencia de Pero Cardiorespiratorio
no traumático Hijo/a de.....

DOY FE QUE CONCUERDA con el texto del acta expresada. A pedido de parte interesada, YO.....
 en La Plata expedido el presente en mi caracter de jefe
 a los 04 - 04 - 2013




 MARIANA B. CALDUCH
 Delegada
 -g. Prov. de las Personas
 Central Defunciones

...ización en la Provincia de Buenos Aires (L)

Le pregunté si algún médico había revisado el cuerpo de su papá allí, en la rambla, antes de que apareciera la ambulancia de la casa velatoria. Me dijo que no. Entonces, no hubo reconocimiento médico antes que se entregara el cuerpo a los familiares para la ceremonia de despedida. La firma de certificado se hicieron en la sala velatoria. Trámite exprés.

Le comenté a Paola que el caso de su papá podía ser la punta del ovillo de una trama de ocultamiento respecto del número de víctimas de la inundación.; el caso testigo para lo que a esa altura era el gran interrogante popular en La Plata y en el resto del país: ¿estaban tapan-do el verdadero número de muertos? Paola accedió a declarar en la causa llevada adelante por el juez Arias. Desde ese momento, Paola se convirtió en uno de los familiares de víctimas más activos en la lucha por saber la verdad de lo que ocurrió en nuestra ciudad aquellos 2 y 3 de abril de 2013.

El cimbronazo del caso García llegó a los medios y a los tribunales. El fiscal Condomí Alcorta fue denunciado por «encubrimiento agravado e incumplimiento de los deberes de funcionario público». El Colectivo de Investigación y Acción Jurídica de La Plata (CIAJ) realizó la presentación ante la Fiscalía General platense, reclamando el apartamiento de Condomí de la investigación penal. Sofía Caravelos, representante del CIAJ, aseguró que el caso García le generó escalofríos: «Obviamente que no es lo mismo un gobierno de facto a uno elegido en democracia. Pero hay prácticas que se heredan. Hay una analogía en la utilización de determinadas prácticas para encubrir responsabilidades penales»⁴. En los primeros días de mayo, Condomí Alcorta dejó la causa. Su lugar fue ocupado por el fiscal Jorge Paolini, titular de la UFI número 8, de Investigaciones Complejas. El 15 de mayo, Paolini se presentó ante la Comisión de Derechos Humanos del Senado bonaerense. Allí confirmó que las víctimas fatales por la inundación, a esa altura, eran 67. Entre ellas, finalmente, figuraba el nombre de Juan Carlos García.

⁴ Declaraciones publicadas en el diario Diagonales. La Plata, 9 de abril de 2013.

Nélida y Josué... o cuando 52 son 51

La tarde del 4 de abril, dos días después del desastre, el gobernador Daniel Scioli brindó una conferencia de prensa. Allí informó que la inundación había dejado 51 víctimas fatales. Esa misma noche, el ministro de seguridad y justicia bonaerense, Ricardo Casal, reconfirmaba el número. Cuatro días después, el 8, el gobernador ratificaba otra vez la misma cifra. A pesar de la elocuente y manifiesta certeza del Poder Ejecutivo Provincial, las investigaciones judiciales seguían abiertas. A la lista oficial bien podían agregársele otros nombres en caso de que fueran apareciendo. Sin embargo, ocurrió otro fenómeno: los nombres comenzaron a cambiar sin que cambiara el número.

El 5 de abril, el jefe de la Policía Científica de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, comisario general Pablo Daniel Vázquez, confirmó las 51 víctimas identificadas. De ellas, dijo que en la morgue policial sólo quedaban siete cuerpos sin entregar a sus familiares. Entre esos cuerpos estaba el de Nélida Reyes, de 87 años, un nombre que no aparecía en la lista original (ver lista de víctimas en el capítulo anterior). ¿Cómo seguían afirmando que había 51, entonces? Sacaron otro nombre: el de Josué Suárez Salazar. La trama de este *enroque* comenzó a develarse con una visita al barrio de Nélida.

Soledad. Diario de investigación. 10 de abril de 2013

Salí con mi auto hacia Tolosa. Me detuve en la zona de 6 y 525. Los vecinos se mostraron muy dispuestos a colaborar. Me indicaron que

vaya a la cuadra de 525 entre 7 y 8. Allí habían fallecido dos abuelas. Una de ellas, Nélida Reyes.

Nélida, a sus 87 años, vivía sola en una casa de 525 y 8. Compartía el terreno con un lavadero de autos. Justamente, el dueño del lavadero fue quien encontró a Nélida ahogada. Según me contaron allí, el hombre rompió una ventana y logró entrar. Su testimonio era fundamental. Ese día no lo pude encontrar. Volvería al día siguiente.

12 de abril de 2013

El jueves 11 de abril fue un día lluvioso y no pude llegar a la casa de Nélida. El viernes 12, finalmente, encontré al dueño del lavadero, Antonio Correa. Me confirmó que fue él quien había hallado a su vecina ahogada y que le había confirmado la identidad de la misma a la policía cuando vinieron a buscar el cuerpo. Antonio me dio el teléfono de una hermana de Nélida, que vivía en Ensenada. Hacia allí fui. La mujer me llevó luego a la casa de su hijo, sobrino de Nélida. Los dos me recibieron con desconfianza. Me dijeron que no había nada raro con Nélida, que estaba en el listado oficial de víctimas. Eso era correcto, aunque Nélida no estuvo en la lista desde un primer momento. La pregunta era, ¿por qué no estuvo en la lista original, si el dueño del lavadero me confirmó que la policía se llevó su cuerpo el 4 de abril, y la lista oficial con todos los nombres se publicó en los medios el día 5?

Josué Suárez Salazar había nacido en Perú, hacía 23 años. Vivía en La Plata y realizaba trabajos precarios de albañilería. La inundación lo sorprendió en una obra, en 16 entre 517 y 518. Hasta las 19 del día 2 de abril, se comunicó por mensajes de texto con amigos y allegados. El 4 de abril, su novia lo encontró muerto en el obrador. Estaba tendido en el piso, junto a un perro. Una de sus manos sostenía aún el cable de un portalámparas. En medio de la inundación habría intentado iluminarse y se electrocutó.

Suárez Salazar figuró en la primera lista de fallecidos. Pero desde que el comisario general Vázquez incluyó a Nélida Reyes, el nombre del joven peruano desapareció del listado. El ministerio de seguridad y justicia habló de *error*:

CIUDADES

Los nombres y las historias que no están en la lista oficial de muertos



09/04/13

Josué Gonzalo Suárez Salazar (23) figuró inicialmente en la lista oficial de muertos. Pero el viernes, ante los rumores que daban más víctimas fatales, el jefe de la Policía Científica bonaerense ratificó la cifra de 51 decesos. Mencionó entre las víctimas a Nélide Reyes (87), que no estaba en la nómina difundida el jueves. Desde el Ministerio de Justicia y Seguridad informaron que Salazar, de origen peruano, murió electrocutado en un accidente doméstico ajeno a la inundación y que Reyes sí era una de las víctimas de la catástrofe. También a raíz de un shock eléctrico llegó muerto al hospital Español la tarde del 2 de abril Nicolás Guerrero (30), que figura entre los muertos a raíz del temporal.

Extracto de nota publicada en el diario Clarín, el 9 de abril de 2013

Ahora, ¿fue un *error*? La respuesta había que buscarla en la morgue policial.

Según los registros, el cuerpo de Nélide Reyes ingresó a la morgue el día 4 de abril de 2013, a las 11:40. En tanto, el cuerpo de Josué Suárez Salazar, lo hizo ese mismo día, a las 17. Primer interrogante: ¿Por qué en la primera lista oficial, la del 4 de abril, aparece Salazar y no Reyes, siendo que el cuerpo del joven ingresa a la morgue más de cinco horas después que el de la anciana?

Veamos qué sucedió con las autopsias.

La autopsia al cuerpo de Nélide Reyes se realizó el mismo día 4 de abril. La autopsia al cuerpo de Suárez Salazar, recién el 6. Es decir, a la tarde del día 4, ya se podía constatar que Reyes había muerto ahogada.

En tanto, que la causa de muerte de Suárez Salazar aún no estaba confirmada por los facultativos. Aun así, una no estaba incluida como víctima de la inundación y el otro, sí. ¿Por qué? Segundo interrogante. Sigamos.

El primer certificado de defunción de Nélide Reyes decía lo siguiente:



Se lee claramente que la muerte se produjo por un «paro cardiorrespiratorio no traumático». Consultado, el sobrino de Nélide nos aseguró que en el formulario 03 -que oficializa el deceso en el Registro Provincial de las Personas- figura otra causal de muerte: asfixia por sumersión. Y que luego, se les expidió otro certificado de defunción, corrigiendo el primero. Dos certificados para una misma fallecida; una fallecida a la que se le realizó la autopsia el mismo día que ingresó a la morgue...

Según acta policial, el día 4 de abril, el sobrino de Nélide Reyes se acercó a la comisaría de Tolosa para solicitar se le hiciera entrega del cuerpo de su tía. En el acta no está la hora. ¿Había ido el sobrino a la morgue a reconocer el cadáver? No consta en los libros de guardia de la

morgue que ningún familiar de Nélide Reyes se hubiese acercado, por lo menos, hasta el 5 de abril, el mismo día que el comisario general Pablo Vázquez incluyó a Nélide entre los fallecidos. El día 7 de abril, se cargó el deceso de Nélide en el Registro Provincial de las Personas de la provincia. Es decir, tres días después de la autopsia y al menos tres días después del *reconocimiento* del sobrino. ¿Qué hubiera pasado si ningún familiar se hubiera acercado a reclamar el cuerpo de Nélide Reyes? Tal vez no hubieran hecho falta tantas correcciones.

El cuerpo de Suárez Salazar fue sometido a autopsia el 6 de abril. El médico a cargo del procedimiento, Dr. Jorge Álvarez Ceballos, constató las causas y calculó la data de muerte: 4 de abril a las 14. Es decir, casi 48 horas después del temporal. En el Registro Provincial de las Personas se inscribió oficialmente el deceso con la misma información. ¿Josué no había muerto en medio de la inundación, entonces? A esa altura, los medios peruanos ya se habían hecho eco de que, entre las víctimas del desastre de La Plata, había un compatriota: Josué.

DOMINGO 07 DE ABRIL DEL 2013 | 08:20

Peruanos afectados por el terrible temporal en Argentina son más de 800

El cónsul Marco Núñez Melgar agregó que hasta el momento [la única víctima peruana](#) a consecuencia de las [lluvias](#) e inundaciones es Josué Suárez Salazar

f Me gusta 0

Twitter 0

g+1 0

Print



Extracto de nota publicada en el diario El Comercio, de Lima, el 7 de abril de 2013

Las dudas en torno a la muerte de Josué promovieron una nueva causa judicial¹. El Consulado peruano colocó un abogado. La familia Suárez Salazar se presentó como particular damnificado. Semanas más tarde, el Dr. Álvarez Ceballos recalcularía la data de muerte: 72 a 96 horas antes de la autopsia. Es decir, entre el 2 y 3 abril... Los días de la inundación. ¿Qué hubiera pasado con la autopsia, la data de muerte y la fecha de defunción de Suárez Salazar si el Consulado peruano no hubiera impulsado una investigación?

El 9 de abril apareció en un descampado de Los Hornos el cuerpo sin vida de Nilda Godoy. Su familia había denunciado su desaparición el 3 de abril. Godoy fue arrastrada por las aguas y se ahogó. Su cadáver estaba incinerado. Según el comunicado oficial de Ministerio de Seguridad y Justicia, los vecinos habían quemado basura en ese lugar los días previos al hallazgo. El juez de garantías Guillermo Atencio incluyó a Godoy como una víctima directa más de la inundación. Al 10 de abril, el número oficial de víctimas había subido a 52. Pero desde esa fecha en adelante, ni el gobernador Scioli ni ninguno de sus ministros volvió a hablar de víctimas. Su cifra había quedado en 51. ¿Casualidad? La misma cifra de la Tragedia de Once. ¿Política?

¹ IPP 06-00-012922-13.

Meneca: silencio hospital

Se llamaba Cristina Edith Valcarce. Pero en su barrio, nadie le decía ni Cristina ni Edith; todos la llamaban «Meneca». Vivía sola, en su casa de 7 y 525. La tarde del 2 de abril, cuando empezó a llover, recibió un llamado: era Néstor, su hijo. «Quedate tranquilo, yo todavía no tengo agua en casa». Esa sería la última vez que hablarían.

Soledad. Diario de investigación. 10 de abril de 2013

Apenas estacioné en 7 y 525 me encontré con un barrio acongojado. «A Meneca la queríamos todos», repetían una y otra vez sus vecinos. Pregunté si tenía familiares. Mencionaron a su hijo, Néstor Pierobón, pero no me supieron dar la dirección exacta. Antes de despedirme, un vecino dijo algo que me inquietó: «A Meneca la sacaron viva de su casa...».

11 de abril de 2013

Era una mañana lluviosa. Arranqué el auto y fui en busca de Néstor Pierobón. Preguntando y preguntando llegué al domicilio. Toqué timbre. No había nadie. Tendría que insistir otro día.

16 de abril de 2013

Encontré el número en la guía telefónica. Lo llamé varios días seguidos y no lo encontré. Estaba a punto de rendirme, cuando Néstor, finalmente, atendió. Me dijo que no quería hablar, que estaba profundamente angustiado. Insistí. Le expliqué que su madre no figuraba en la lista dada a conocer por el Ejecutivo Provincial; que no deseaba mortificarlo; que solo quería saber qué había pasado con su mamá. Accedió pero con una condición: que no le consultase más, que le hacía mal revivir los hechos. Escuché su relato con atención. Su voz, pausada y grave, comenzó a relatar la tarde del 2 de abril. «La tormenta fuerte empezó como a las 6 de la tarde. En media hora, ya tenía casi un metro de agua en casa. Yo estaba con mi esposa, mis dos hijos y cuatro amiguitos de ellos. Como vivo a cuatro cuadras de mi mamá, pensé que ella se estaba inundando también. La llamé y me tranquilizó. Aún hoy me pregunto si no me mintió para que no me preocupara...». La voz de Néstor se entrecortaba cada vez más. «Intenté llamarla varias veces, pero no me contestó. Recién al otro día, a eso de las 9 de la mañana, pude llegar a su casa. La encontré desvanecida pero creía que aún estaba viva. Pedí auxilio en la calle. Empecé a gritar. Un bote frenó y la cargó. Vi que la subían a una ambulancia. No alcancé a preguntar a dónde la habían llevado. Empecé a buscar en los hospitales. Fui primero al Gutiérrez. No estaba. Fui al Rossi, y allí sí habían recibido a mi madre. Apenas pregunté por ella me dijeron que había fallecido; que habían hecho todo lo posible para salvarla; que había llegado con signos vitales muy débiles...». No sabía si seguir preguntando. Su voz se escuchaba cada vez más débil. Le consulté si habían dado intervención a la policía. «Desde el hospital llamaron a una comisaría para que fueran a retirar el cuerpo. La policía respondió que estaban colapsados, que había demasiados fallecidos y que se arreglaran allí con los trámites del certificado y demás...» No quise preguntarle más. Antes de la despedida Néstor me aclaró que fue su esposa quien se encargó de todo. Su testimonio sería vital.

Mariela Gladys Marcos, la esposa de Néstor Pierobón, declaró ante el fiscal Condomí Alcorta. Su testimonio consta de siete carillas... Siete carillas que describen un verdadero calvario¹.

¹ Testimonio que figura en la causa N° 06-00-012771-13, «Averiguación de causales de muerte y averiguación de paradero».

Mariela se encargó de realizar todos los trámites para lograr finalmente la cremación de los restos de quien fuera su suegra, debido a que su marido se encontraba demasiado afectado por la situación.

Punto por punto, repasamos lo más importante de su declaración:

- El Dr. Benito, del Hospital Rossi, le dijo que la cochería no podía retirar el cuerpo, que debía ir a la morgue policial.
- Se contactó con la cochería Betti, de City Bell. Allí le dijeron que debía ir a la comisaría.
- Mariela fue a la Comisaría Segunda, en 8 y 38. Le informaron que su caso correspondía a la comisaría de Tolosa, la Seccional Sexta de La Plata.
- En la comisaría de Tolosa le dijeron que si ingresó viva al Hospital Rossi, desde allí debían hacerse cargo de certificar la defunción. Pero un oficial allí presente le informó que habían casas de sepelios que contaban con servicios médicos que podían extenderle un certificado de defunción.
- Volvió a comunicarse con la Cochería Betti: le dijeron que ellos no hacían eso, que no contaban con médicos para certificar fallecimientos. Era ya el 4 de abril, a la 1 de la madrugada.
- Mariela daba por hecho que el cuerpo de «Meneca» estaba aún en el Hospital Rossi.
- Alrededor de las 7 de la mañana del 4 de abril, regresó al Hospital. Norma, una empleada, le dijo que su suegra no estaba allí. Preguntó cuál había sido su destino dado que figuraba su ingreso en el libro de guardia. Le dijeron que su egreso pudo no haberse anotado dada la confusión reinante.
- Mariela esperó la llegada del Dr. Benito. Cuando arribó le manifestó que le habían informado mal; que el cuerpo de su suegra estaba en la morgue del hospital y que debía reconocerlo... ¡El cuerpo que ya había reconocido su esposo el día anterior!
- Tres horas más tarde, finalmente Mariela reconoció el cuerpo de su suegra en la morgue del Hospital Rossi.
- El Dr. Benito reprendió a una empleada por no haber dado intervención a la policía. La empleada le respondió que lo había hecho, pero los efectivos le habían referido que «estaban desbordados». El médico la instó a continuar con los llamados a la policía.

- Momentos más tarde, la empleada le explicó a Mariela que quien debía comunicarse con la policía no era ella, sino el Dr. Lezcano.
- Mariela, desesperada, solicitó hablar con la Directora del Hospital (en su declaración no recordó su nombre). Lo consiguió. La Directora le manifestó que todo había sido un error del nosocomio. Ella misma llamó a la policía y describió toda la situación ocurrida. A su vez, pidió autorización para certificar el fallecimiento.
- Apareció el Dr. Lezcano y se encargó de firmar el certificado de defunción.
- A las 16 del 4 de abril, le entregaron a la Cochería Betti el cuerpo de su suegra.
- El 5 de abril, después de la odisea de Mariela y luego de dos horas de velatorio, el cuerpo de Cristina Edith «Meneca» Valcarce, fue cremado.

Valentina, Jonathan y los aparecidos *desaparecidos*

El juez Luis Federico Arias inició una investigación por presuntas irregularidades en el conteo y registro de víctimas de la inundación. Fue a requerimiento del Defensor del Fuero Penal Juvenil, Julián Axat. Al 4 de abril, no había menores entre los fallecidos... ¿No había...?

Como parte de las diligencias dispuestas, Arias y Axat llegaron al Hospital de Gonnet la noche del 5 de abril. Oficialmente les informaron que por la morgue de ese hospital habían pasado sólo dos cadáveres relacionados con la inundación: los del matrimonio de Irene Arias Burgos y Raimundo Eliseo Aguirre. Cuando Arias y Axat llegaron al lugar, ambos cuerpos ya habían sido trasladados a la morgue policial. Mientras los funcionarios judiciales revisaban los registros de la guardia en busca de más datos, aparecieron dos policías. Llevaban una lista con 135 nombres y apellidos: eran personas desaparecidas. Los policías les mostraron la lista: a esa altura quedaban sólo veinte personas por ubicar.

Días después, en un informe del Ministerio de Seguridad y Justicia que había llegado a la UFI N° 5, se detallaba cómo habían sido halladas dieciocho personas desaparecidas. El método para encontrarlos resultaría tan sencillo como sospechoso. El caso testigo saltaría varios meses después del desastre; el de dos hermanos: Valentina y Jonathan Molina.

Habidos: 115 - Pendientes: 20						
AVERIGUACIONES DE PARADERO (Hasta las 00:15hs)						
Nro.	CAUSANTE	DOMICILIO	LOCALIDAD	CONTACTO	FUENTE	RESULTADO
1.	ADRALA VERONICA	NO SE CONOCE				
2	AGUIRRE BENJAMIN ABEL		LA UNION			FALLECIDO
3	AGUIRRE PATRICIA	7 y Bda Distribuidor	TOLOSA	4620550		ENCONTRADO
4	AGUSTI JOSE	529 E/ 5 Y 6	TOLOSA			ENCONTRADO
5	AGUSTINA (12)	NO SE CONOCE				
6	ALMADA FEDERICO	92 E/ 4 Y 5	LA PLATA			ENCONTRADO
7	AMERISI MONICA	13 E/ 41 Y 42	LA PLATA			ENCONTRADO
8	ARBER GABRIELA	16 Y 32	TOLOSA			ENCONTRADA
9	ARGUELLO MEDINA		CITY BELL			
10	BADONE EDUARDO	152BIS NRO. 1591	LOS HORNOS			ENCONTRADO
11	BARBIERI MATIAS	26 e/ 82 y 83	S. LORENZO		GABINETE	ENCONTRADO
12	BAREZ RAMON	Calle 10 y 510	TOLOSA			ENCONTRADO
13	BARNETCHE JOSE LUIS	37 E 30 Y 31			GABINETE	FALLECIDO
14	BARRAGAN RICARDO (a) GABRIELA	600 y 119	Ponzati			ENCONTRADO
15	BAZAN ADRIANA ZULEMA	118 NRO. 2214 E/ 77 Y 78	VILLA ELVIRA			ENCONTRADO
16	BENITEZ SILVIA CLEMENTINA	13 Y 531	LA PLATA			ENCONTRADO
17	BENVENUTA FLORIA	35 NRO. 1505				FALLECIDA
18	BERGAS JULIETA	532 Y 18	TOLOSA			ENCONTRADA
19	BERNASCONI CAROLINA DENISE	17 AÑOS	LOS HORNOS			
20	BLANCO GLORIA AMELIA	139 E/ 66 Y 67				ENCONTRADA
21	BOURDET CESAR AUGUSTON	Tel. 011-4661873 (Ines)				ENCONTRADO
22	BRIATA ROSA	NO TIENE	LA PLATA			ENCONTRADO
23	CACERES ANDREA AUCIA	90 Y 124	LA PLATA			
24	CANDIA PEREYRA CORNELIA	11 Y 34	LA PLATA			ENCONTRADA
25	CARBALLO MANUEL		ARANA			ENCONTRADO
26	CARDOZI CLARITA	6 Y 32	LA PLATA			ENCONTRADA
27	CARDOZI SOFIA	6 Y 32	LA PLATA			ENCONTRADA
28	CAROLICHI MAURICIA	157 Y 46	S. CARLOS			
29	CARMONA NORMA BEATRIZ	528 N° 1613	TOLOSA			ENCONTRADO
30	CARRERA MIGUEL ANGEL		RINGUELET		COEM	ENCONTRADO
31	CARRIO DIEGO	13 Y 32	LA PLATA			ENCONTRADO
32	CENTOIA ROCIO	61 Y 23		2914710371	COEM	ENCONTRADA
33	COLAUTTI JORGE PIO	MORGUE			COEM	FALLECIDO
34	COLUCHO MARIA ESTHER		TOLOSA			
35	COMITO MARTIN		RINGUELET		PRENSA	ENCONTRADO
36	CORREA FAMILIA	70 E/ 135 Y 136				ENCONTRADA
37	CUELLO MARIA	4 Y 516				ENCONTRADO
38	DIAZ NOELIA CARLA		ESTACION		PRENSA	ENCONTRADO
39	DUFAU JULIO	13 E/ 41 Y 42	LA PLATA			ENCONTRADO
40	ESCALADA MATIAS	LA NACION			GABINETE	
41	ESPERATI PEDRO					ENCONTRADO
42	ESPINDOLA DAVID	605 Y 5	B° AEROP.			ESCONTRADO
43	ESPINDOLA MARIA CELESTE	605 Y 5	B° AEROP.			ENCONTRADA
44	ESQUIVEL FERMIN					
45	ESTUDIANTE NN	72 E/ 23 Y 24			No Vive Ningun estudiante	
46	EZEIZA DANIEL ALEJANDRO	89 Y 17	LA PLATA			ENCONTRADO
47	FALSINI MARTA SUSANA	531 E/ 4 Y 5	TOLOSA			ENCONTRADA
48	FERNANDEZ DANIELA	92 E/ 4 Y 5	LA PLATA			ENCONTRADA
49	FERREIRA SAMANTA	Tel. 011-1540899803				ENCONTRADO
50	FILENI HADA	529 E/ 5 Y 6	TOLOSA			ENCONTRADA
51	FRANCISCO (S)	NO SE CONOCE				
52	GARCIA OSCAR	69 NRO 1688	LOS HORNOS	2280154263031		ENCONTRADO
53	GHUERSI LUIS	22 E/ 33 Y 34	LA PLATA			ENCONTRADO
54	GODOY MARIANA	22 E/ 517 Y 517bis	TOLOSA			ENCONTRADA



INUNDADOS LA PLATA / LO QUE EL AGUA NO ENCUBRIÓ

55	GODOY NILDA	96 y 116			Escuela 125	ENCONTRADA
56	GÓMEZ EDUARDO	B' NUEVO Y M. CENTRAL				ENCONTRADO
57	GÓMEZ FRANCISCO	B' NUEVO Y M. CENTRAL				ENCONTRADO
58	GÓMEZ WAITER	B' NUEVO Y M. CENTRAL				ENCONTRADO
59	IBARRA ABRAHAM	118 NRO. 2214 E/ 77 Y 78	VILLA ELVIRA			ENCONTRADO
60	IBARRA NORBERTO	118 NRO. 2214 E/ 77 Y 78	VILLA ELVIRA			ENCONTRADO
61	IBARRA TOMÁS	118 NRO. 2214 E/ 77 Y 78	VILLA ELVIRA			ENCONTRADO
62	IRIART MARÍA DEL CARMEN					ENCONTRADA
63	JURADO HUGO HORACIO	44 Y 134	LOS HORNOS	Exo		FALLECIDO
64	LANDRIE. VIVIANA	18 N° 792 E/ 594 Y 595	RINGUELET			ENCONTRADA
65	LOPEZ BENITEZ GRACIELA	49 NRO. 2021	LA PLATA			ENCONTRADO
66	LOPEZ DELSIA	142 Y 87	LOS HORNOS			ENCONTRADA
67	LOPEZ ELEUTERIO	142 Y 67	LOS HORNOS			ENCONTRADO
68	LUESI MARIA ILLIZ	16 Y 32	LA PLATA			ENCONTRADA
69	LUJAN GODOY NILDA					
70	MAMAN. SOFIA	8 Y 46				ENCONTRADA
71	MARCOVECHIO ELIAS	118 NRO. 2214 E/ 77 Y 78	VILLA ELVIRA			ENCONTRADO
72	MARINO ASUNSION		TOLOSA			
73	MARINO HECTOR		TOLOSA			
74	MARINO MARIA		TOLOSA			
75	MARTINEZ ALBERTO	144 Y 57 NRO. 2456	LOS HORNOS			ENCONTRADO
76	MARTINEZ HILDA	36 E/ 8 Y 9	LA PLATA			ENCONTRADO
77	MARTINEZ HUGO	144 Y 57 NRO. 2456	LOS HORNOS			ENCONTRADO
78	MAZZA FERNANDO	65 NRO. 2175	LA PLATA			ENCONTRADO
79	MAZZA LUIS	65 NRO. 2175	LA PLATA			ENCONTRADO
80	MAZZA MARI	65 NRO. 2175	LA PLATA			ENCONTRADO
81	MEDICA OSCAR	10 NRO. 1568	LA PLATA			ENCONTRADO
82	MEDINA BARBARA	136 E/ 33 Y 34	LA CUMBRE			ENCONTRADA
83	MEDINA EVILIANO	136 E/ 33 Y 34	LA CUMBRE			ENCONTRADO
84	MEDRANO ELBA	19 NRO. 705 E/ 46 Y 47				ENCONTRADA
85	MERCAU DORA	152B S NRO. 1591	LOS HORNOS			ENCONTRADO
86	MIRANDA BEATRIZ	25 N° 1574	LA PLATA			ENCONTRADO
87	MOLINA JONATHAN	4 Y 517			No son conocidos en la zona	
88	MOLINA SERGIO HERNAN	87 E/ 11 Y 12	VILLA ELVIRA		No es conocido en la Zona	
89	MOLINA VALENTINA	4 Y 517			No son conocidos en la zona	
90	MONJE ESTEBAN		LA UNION			FALLECIDO
91	MORAN JONATAN	4 Y 516				ENCONTRADO
92	MORAN VALENTINA	4 Y 516				ENCONTRADO
93	NN AIDA	PLAZO PASO E/ 23 Y 21				
94	NORRY LUIS	3 Y 48		4706042	GABINETE	ENCONTRADO
95	NORRY ROMINA	9 Y 63		4706042	GABINETE	ENCONTRADO
96	DRESTE PATRICIA					ENCONTRADO
97	DRESTE ROBERTO					ENCONTRADO
98	DRESTE SILVIA					ENCONTRADO
99	ORTEGA ARIEL		LOS HORNOS			ENCONTRADO
100	ORTEGA ELIANA	523 E/ 134 Y 135			Desconocida en la Zona	
101	ORTIZ JORGE NAVARRO	6 N° 227 PB 4TO	LA PLATA			ENCONTRADO
102	OSORIO PEREZ MARTIN		BERSSO			
103	PARDO HORACIO					ENCONTRADO
104	PAVON MARINA	6 N° 227 PB 4TO	LA PLATA			ENCONTRADA
105	PELTA EMILCE	522 E/ 15 Y 16	TOLOSA			ENCONTRADA
106	PESADO GLADYS	48 Y 128				ENCONTRADO
107	POLERI CECILIA	18 Y 521	TOLOSA			ENCONTRADO
108	PUZZATI CARMEN NELIDA	24 NRO. 1899 ESQ. 71				ENCONTRADA
109	RAMIREZ NATIVIDAD	47 Y 143	LOS HORNOS			ENCONTRADA
110	RIERA JUAN ACURRI	5 Y 53	CENTRO	283154687526		ENCONTRADO
111	RIDS ROSA	610 E/ 126 Y 127	Y. ELISA			ENCONTRADA
112	RIVEIRO JUAN CARLOS	71015 N° 2713	LOS HORNOS			ENCONTRADO
113	RIVERA DIEGO MENDEZ	TEL: 3113661941				



INUNDADOS LA PLATA / LO QUE EL AGUA NO ENCUBRIÓ

124	RODRIGUEZ CARLOS MARTIN				ENCONTRADO
125	RODRIGUEZ OSCAR (a) LACHI		CEMENTERIO		COEN
126	SAEZ NORMA	11 Y 528			ENCONTRADA
127	SANCHEZ RODRIGUEZ GLADYS	TEL: 4837947			ENCONTRADA
128	SANCHEZ ROSA	22 N° 1415 E/ 51 Y 62			ENCUNTRADA
129	SANTOS ALEX	ESTACION	M. ROMERO		ENCUNTRADA
130	SCHMIDT FEDERICO	10 NRO. 1565	LA PLATA		ENCONTRADO
131	SCHMIDT MELBA	10 NRO. 1568	LA PLATA		ENCONTRADO
132	SENIO GALAZA MIRCO ALEJANDRO		PUNTA LARA		
133	TABARI LAIRA	Calle 63 y 671			ENCONTRADA
134	TOLEDO DARDO RUBEN	14 / Y 49	LOS HORNOS		ENCONTRADO
135	TREJO ANA BEATRIZ	66 NRO 976	LA PLATA		ENCONTRADA
136	VALLINA CONSUELO	528BIS Y 13	RINGLELET	421.862	ENCONTRADO
137	VILAZQUEZ PATRICIA BEATRIZ	528 N° 1613	TOLOSA		ENCONTRADO
138	VILAZQUEZ RAMON ALBERTO	528 N° 1613	TOLOSA		ENCONTRADO
139	VIRA FLORENCIA	Calle 63 y 671			ENCONTRADO
130	VIDAL ANAHI	9 Y 521	TOLOSA		ENCONTRADA
131	WILLER SUSANA	80 E/ 150 Y 155	LOS HORNOS		ENCONTRADO
132	ZARRANI CARINA	58 F/ 137 Y 138	LOS HORNOS		ENCONTRADA
133	ZARRANI GLORIA	59 F/ 137 Y 138	LOS HORNOS		ENCUNTRADA
134	ZABRETTINI MARIA RELEN	Zona Hospital italiano			
135	ZULETA ALBERTO	25 N° 35/4	LA PLATA		ENCUNTRADA

DADA - MARINO
 ARBUJAS - MEDINA
 DEMONSTRACION - ORTEGA
 OSCAR - OSORIO
 CRISTO LUCHI - RIVERA
 ZACHAR - ROBBINS
 TOSCOLO - SENIO GALAZA
 ANAHI - ZABRETTINI
 LUPA GOLBY MILA - PENA FERNANDEZ 03/04
 OSORIO - DIAZ ACTIVIDAD
 PALACIOS YAVINA - PALACIOS DE ANTONIO 03/04

Soledad. Diario de investigación. 16 de octubre de 2013

El informe de la policía detallaba la dirección: 520 N°...¹ entre 6 y 7. Allí vivirían Valentina y Jonathan Molina, junto a su papá. Llegué y toqué timbre. Salió un hombre a atenderme. «Disculpe, ¿usted es Ricardo Molina?» El hombre asintió y me miró con desconfianza. Le conté que estaba investigando el caso de la inundación y que quería saber en qué circunstancias habían sido hallados sus hijos, Valentina y Jonathan...

-¿¡Quiénes...?! ¡Yo no tengo ningún hijo con esos nombres!

-¿Y nadie de su familia o algún conocido estuvo buscándolos...?

-No conozco a nadie con esos nombres...

-¿Vino la policía a hablar con usted para preguntarle por ellos?

-Nunca hablé con ningún policía... Acá no vino nadie. No sé qué pasa pero yo no quiero quilombos. ¡No me metan en quilombos!²

Me despedí del Sr. Molina. Volví a mi casa con una enorme confusión. Revisé el informe de la policía: estaba firmado por la subcomisaria Laura Macarena Paiva. Decía: «Con el propósito de dar con el paradero de los ciudadanos Jonathan y Valentina Molina se mantuvo entrevista con el progenitor de los mencionados, el cual refirió que sus hijos fueron habidos y se encuentran en buen estado de salud»³. Revisé la dirección: no había error; era la misma que yo había visitado. ¿Qué había pasado aquí?

Otro Molina. Sergio Molina. También figuraba en el informe de los encontrados de la Policía. Seguimos paso a paso el caso, siempre según el informe. Sergio Molina se había perdido en Villa Elvira. La

¹ Por seguridad y protección del ciudadano en cuestión, decidimos obviar el numeral del domicilio. No era un dato decisivo a la hora de explicar el método de búsqueda de desaparecidos durante la inundación.

² Al otro día, Ricardo Molina se presentaría espontáneamente a declarar en el juzgado de Luis Arias para ratificar que no había hablado con ningún policía sobre ninguna persona desaparecida. Y que no conocía a nadie con los nombres de Valentina y Jonathan Molina.

³ Extracto del informe de la DDI La Plata, sito a fojas 812 de la causa tramitada en la UFI N° 5; IPP 06-00-012771-13, caratulada como Averiguación de causales de muerte-averiguación de paradero.



referencia era 87 entre 11 y 12. Nadie había denunciado su desaparición. Su búsqueda se inició por publicaciones subidas a Facebook. Los investigadores revisaron el padrón electoral. En efecto, había un Sergio Molina en Villa Elvira. Fueron en su búsqueda y dieron con una joven que dijo llamarse Micaela Soledad Molina. Micaela aclaró que su hermano, Sergio, había reaparecido un día después del desastre, sano y salvo. Caso cerrado. El tema es que, el presunto buscado en Facebook, se llamaba Sergio *Hernán* Molina y no Sergio *Ezequiel* Molina, como el hermano de Micaela...

En ninguno de estos dos casos, como en los otros dieciséis que figuran en el informe ministerial agregado a la causa de la UFI N° 5, se hace referencia a declaración alguna de los encontrados. Quienes hablan son siempre familiares de los buscados: padres, hermanos, etc... Tres ejemplos:

- a) BERNASCONI CAROLINA DENIS: el Sr. Pedro Martínez, en comunicación posterior, refirió haber podido establecer comunicación con la suegra de la buscada, confirmando que la misma se encontraba en buen estado de salud.
- b) COLUCCIO MARÍA ESTHER: era buscada por Cavallo Soledad, quien se había comunicado a la Subsecretaría de Política Criminal e Investigaciones Judiciales. La sargento Marilina Verón, de la Dirección de investigaciones, se puso en contacto telefónico con el abonado que la señora había proporcionado y fue atendida por la señora Cavallo, quien le refirió que Coluccio se encontraba bien.
- c) CARIOLICHI MAURICIA: la consulta la realizó telefónicamente a la Subsecretaría de Política Criminal e Investigaciones Judiciales el hijo de la señora, de nombre Marcelino Gómez, quien se encontraba residiendo en la localidad de Santa Fe, dejando dos números telefónicos de contacto. Con posterioridad me comuniqué personalmente con el señor Gómez, quien me informó que ya se había puesto en contacto con su madre y que esta se encontraba en perfecto estado de salud.

Para encontrar a Jonathan y Valentina sólo hizo falta un contacto con el *padre*. Un *padre* que no era el padre. Un hallazgo falso. Para encontrar a Sergio *Hernán* Molina sólo hizo falta un padrón y un contacto con su hermana. La hermana de Sergio *Ezequiel*, no de Sergio *Hernán*. ¿Cuántos Valentina y Jonathan hubo? ¿Cuántos Sergio? Y por último, ¿dónde están?

Andrés y *otros* gritos en el desierto

Soledad. Diario de investigación. 17 de octubre de 2013

Llamé a Esther Redondo, una entrañable amiga. Le pregunté si me podía acompañar. Tenía que ir a Villa Elvira, para entrevistarme con una persona. Su testimonio era clave, pero no sabía con lo que me podía encontrar. Llegamos a la casa, precaria, edificada al fondo de un terreno. En el frente había unos pilotes con hierros de esos que se usan en las construcciones, que se elevaban enredados mirando hacia el cielo. Golpeamos las manos. Se asomó un hombre mayor, de barba desprolija. «Buenos días, buscamos a Andrés Ibarra». El hombre refunfuñó y se metió de nuevo a la casa. Pensé que la entrevista se había truncado. A los pocos minutos, salió un hombre joven, de unos 30 y pico de años. Se nos acercó, como con desgano. «Soy Andrés Ibarra». Me presenté y le expliqué que el motivo de nuestra presencia era para que nos contara lo que había vivido en la inundación y había declarado ante la UFI 5, ante Juan Cruz Condomí Alcorta; le dije que el juez Arias seguramente lo citaría en el marco de la causa que estaba tramitando. Su reacción fue violenta. La sola mención de algo relacionado con el Poder Judicial lo enfureció. Comenzó a levantar la voz diciendo que no quería saber más nada, que ya había dicho todo y que no le habían dado crédito a sus dichos. «Me trataron como a un boludo».

Gracias a la paciencia de mi amiga Esther, Andrés se calmó. Su experiencia como psicóloga salió en el momento justo. «¡Llegaron a romper delante mío las hojas de mi declaración...!». Apenas comenzada la charla, llegaron en un auto viejo la ex esposa de Andrés con sus hijos y

ella se sumó a la charla. Andrés se relajó y comenzó a revivir su experiencia aquella madrugada del 3 de abril: «Tuve más de un metro y medio de agua en casa. A eso de las 5 ó 6, comenzó a bajar. Ya estaba amaneciendo. Me asomé a la puerta, en este mismo lugar en el que estamos hablando. Cuando el agua llegó más o menos a esta altura (señaló con su mano sobre la pared alrededor de un metro) comencé a ver los piecitos de una criatura».

A medida que avanzaba en su relato, Andrés se mostraba más angustiada: «Era una nena de tres o cuatro años. Tenía el pelito negro, que le llegaba a los hombros. Estaba destrozada, atrapada entre los hierros de la obra. Luego pasaron dos hombres con una tabla, la subieron, la taparon con una manta y se la llevaron.»

Después de la inundación y de reordenar un poco su casa para mantenerla habitable, Andrés se enteró que no daban a menores fallecidos entre las víctimas. «No lo podía creer. Una vecina me dijo que tenía que ir a declarar. Fui y me maltrataron. Me preguntaban si estaba seguro de lo que había visto. ¿Se creen que soy pelotudo, que no voy a saber que lo que tuve cuatro horas delante de mi casa era el cuerpo de una criatura?!».

El 12 de abril de 2013, Andrés Ibarra se presentó espontáneamente en la UFI N° 5. Juró decir la verdad. «[...] Estaba toda morada, lastimada por todos lados, yo calculo que fue el alambre. Estaba vestida con un pantalón azul y una campera roja... un pantalón celestino, era». Ibarra declaró que alrededor de las 8 de aquella mañana aparecieron dos hombres que él no conocía, que no eran del barrio. Supuso que eran rescatistas. Andrés les gritó que allí había un cuerpo, que a él le parecía que era de una nena, y que los dos hombres les contestaron que sí, que era el cuerpito de una nena. Acto seguido, subieron el cuerpo a una tabla, lo cubrieron con una manta roja y se fueron a pie hacia el lado de 1 y 92. Los funcionarios de la fiscalía le preguntaron si pudo reconocer a la chiquita, si era del barrio, a lo que Ibarra respondió que no, que lo único que podía decir con seguridad era que tenía el pelo negro hasta la altura de los hombros. Ibarra dijo que, más tarde, cuando pudo bajar del techo, fue hacia la casa de su suegra, en 90 y 118. Que al pasar por el cuartel de bomberos de calle 92 y 115 preguntó qué había pasado con el cuerpo de la nenita, si lo habían

recibido allí. Los bomberos le respondieron que no habían recibido el cuerpo de ninguna nena ni tenían información de que hubiera una nena fallecida. Los funcionarios judiciales le preguntaron a Ibarra por qué se presentaba espontáneamente a declarar: «Porque yo la vi y me llama la atención que no esté en ningún lado, y no sólo la vi, la tuve enfrente de mi casa»¹. Antes de despedirse, Ibarra les dijo que no había sido el único que había visto a la nenita muerta. Que había otro vecino, un ciudadano peruano, al que conocía como John.

En la ciudad de La Plata, Capital de la Provincia de Buenos Aires, constituídos los funcionarios actuantes integrantes de la Unidad Funcional de Instrucción y Juicio N° 8 de Investigaciones Complejas de la Fiscalía General del Departamento Judicial de La Plata: Agente Fiscal Dr. Jorge Martín Paolini, instructora judicial Dra. Karina Monsalvo y auxiliar letrado Dr. Gustavo Chirino, en calle 92 N°... entre 3 y 5, La Plata, a los veintinueve días del mes de abril del año 2013, y siendo las 12:15 horas, comparece ante los funcionarios de mención una persona a prestar declaración testimonial en el marco de la Investigación Penal Preparatoria N° 06-00-15764-13 [...] Conforme las prescripciones del artículo 240 del Código de Procesamiento Penal de la Provincia de Buenos Aires, manifiesta llamarse JOHN ZENTENO, indocumentado, de nacionalidad peruana; 33 años; comerciante; domiciliado en el lugar [...] Acto seguido y habiéndolo puesto en conocimiento los hechos que se investigan, seguidamente declara: Que la noche de la inundación, luego de llevar a su hijo de tres meses al club Tricolores, se refugió en el techo de su casa junto con tres primos, Miguel, Víctor y Cristian Zárate, lugar en el que permanecieron hasta las nueve de la mañana del día 3 de abril. Que desde el techo pudo ver pasar al menos dos cuerpos de personas mayores de edad flotando en el agua, en dirección a calle 1. Que a la nena a la que hace referencia su vecino Ibarra, el dicente no la vio pero sí pudo ver que un grupo de rescatistas que no sabe quiénes eran, acomodaban un bulto sobre una ta-

¹ Testimonio de Andrés Ibarra ante la UFI N° 5.

bla en la puerta de la casa de Ibarra. Que sabe que en calle 92 entre 1 y 3 falleció una persona... Que el día domingo posterior a la inundación, gente vestida de blanco encontró dos cuerpos en calle 90 y preguntaban casa por casa si a alguien le faltaba algún menor porque las dos personas encontradas eran menores. Que no siendo para más, se cierra el acto...²

Ese mismo 29 de abril, los funcionarios de la UFI N° 8 labraron un acta en la que establecieron que hablaron con vecinos de la cuadra de 92 entre 3 y 5, «[...] Que no sabían de menores de edad fallecidos en la zona». Que luego fueron:

la intersección de las calles 90 esquina 3; 6 y 92; 5 entre 91 y 92, y 1 y 90 entrevistándonos con vecinos del lugar, quienes se negaron a brindar sus datos personales, manifestándonos todos ellos que no habían visto ni a la menor que hiciera referencia Ibarra, como así tampoco sabían nada de dos menores de edad cuyos cuerpos habrían aparecido en la zona. Que siendo las trece horas y diez minutos, nos trasladamos a la sede de esta Unidad Funcional de Instrucción sita en calle 54 N° 590, décimo piso, oficina 1004 de La Plata, a fin de labrar la presente acta. Que no siendo para más, se cierra el acto, previa lectura y ratificación de los funcionarios intervinientes, que certificaron.³

Los únicos dos vecinos que dieron su nombre aseguraron haber visto o tener conocimiento de víctimas fatales menores de edad. Los vecinos (¿cuántos serían?) que se negaron a dar sus datos, dijeron que no vieron nada. Para la fiscalía, era suficiente... ¿Era suficiente?

Soledad. Diario de investigación. 9 de abril de 2013

Iba a Los Hornos por primera vez después de la inundación. Estacioné frente a una ferretería de la calle 66 entre 140 y 141. El negocio

² Testimonio de Andrés Ibarra ante la UFI N° 8 IPP 06-00-15764-13.

³ Según acta que consta en la IPP 06-00-15764-13 – UFI N° 8.

era atendido por dos hombres y una chica joven, Analía⁴. Les expliqué que estaba tratando de averiguar si había víctimas fatales en la zona. Analía empezó a hablar. «Volví de la costa en el auto con mi pareja. Quedamos varados en el ingreso a la ciudad. El agua subía cada vez más. Tuvimos la suerte de que un camión nos empujó y logramos ponernos a salvo en una rambla más elevada. Desde el auto, y no me olvido más, vi cómo un nene era tragado por una alcantarilla».

Era la primera vez que alguien hablaba de menores fallecidos. Le dije si pensaba declarar. Me dijo que no, que tenía temor por las consecuencias que su declaración pudiera acarrearle. Le prometí que respetaría su decisión. Me fui con un nudo en la garganta.

El 6 de abril, se presentó en la UFI N° 5 un vecino de la zona del Arroyo El Gato, Ricardo Giménez Aquino. Ante el fiscal Condomi Alcorta aseguró que cerca de la medianoche del 2 al 3 de abril, y en medio de la inundación, se subió con uno de sus hijos al puente de vías que cruza el arroyo. Desde ahí, aseguró haber visto pasar cadáveres flotando: «Vimos chicos que se llevaba el agua. Yo vi dos o tres chicos que se llevaba el agua de entre dos y cinco años de edad. Se escuchaban gritos de familiares pidiendo auxilio. Yo vi que los chicos se fueron. Se los llevó el agua...»⁵.

Giménez Aquino repitió su declaración, casi con las mismas palabras, cuando dio su testimonio ante el juez Luis Arias.

El 10 de abril de 2013 se presentó espontáneamente ante el juez Arias un abogado, Gustavo Lezana. Dijo que pasó dieciséis horas arriba de su auto, en 32 casi 17, frente a una estación de servicio Shell. Aseguró que desde allí vio cómo la gente sacaba el cadáver de un chiquito que había quedado atrapado debajo de un auto. Agregó que no logró ver hacia dónde lo llevaron⁶.

⁴ Analía no es el nombre real dado que se negó a declarar por temor.

⁵ Testimonio que figura en la causa N° 06-00-012771-13, «Averiguación de causales de muerte y averiguación de paradero».

⁶ Testimonio a Fojas 129, causa: «Defensoría Oficial de Responsabilidad Juvenil S/ Diligencia Preliminar» Expediente N° 27014 juzgado en lo Contencioso Administrativo N° 1 de La Plata.

El 14 de mayo de 2013 se sumó a la causa del juez Arias un inesperado testimonio: el de Aída Báez Ocampo, una empleada doméstica paraguaya habitante de Villa Elvira. Aída aseguró que, en la mañana del 3 de abril, entre las 10 y las 11, iba para la casa de su hermana, del otro lado del arroyo Maldonado. Al llegar a la altura de 2 y 92, aseguró que vio flotar el cuerpo de un niño de 5 ó 6 años. «El agua lo arrastraba hacia el arroyo. El cuerpito del nene no se movía y sólo flotaba. Cuando lo vi, me asusté y volví a mi casa»⁷.

Los Bomberos Voluntarios de Bernal prestaron una colaboración invaluable en la tragedia. Pero a su vez, aportaron información clave para la investigación posterior. En efecto, a las 2:30 de la madrugada del 3 de abril de 2013, una delegación de estos bomberos llegó a la zona del Maldonado. Utilizaron tres embarcaciones para evacuar a las personas que se hallaban en el lugar. Contabilizaron unos ochenta rescatados. Su tarea se extendió hasta las 9 aproximadamente. Sus embarcaciones estaban dañadas y no podían continuar. Estos botes quedaron a merced de los elementos que arrastraba el agua y los embestían. Luego de cumplir con su misión, los bomberos contaron que pudieron observar varios cuerpos sin vida; que no los sacaron del agua porque debían priorizar el rescate de las personas que aún se hallaban con vida.⁸

Hernán Améndola fue uno de los tantos héroes anónimos que ayudaron en la tragedia. Hombre de pesca, experimentado con el agua y las embarcaciones, Hernán estuvo largas horas rescatando vecinos inundados en Tolosa. En su declaración ante el juez Arias, Hernán dijo haber visto varios cuerpos sin vida.

En uno de los viajes me fui para el lado por donde está el distribuidor en calle 9 y 527 aproximadamente, con la intención de llegar a la calle 15 ó 16, en línea recta, cosa que no

⁷ Testimonio que figura en la causa «Cadaa Marceloa Mónica C/ Poder Ejecutivo S/ Hábeas data. Expediente N° 27067; Juzgado en lo Contencioso Administrativo N° 1 de La Plata.

⁸ Informe policial a Fojas. 353, IPP 06-00-015764-13. El acta lleva las firmas del Sub Comisario Elio Palominos, Oficial Sub Ayudante José Martino y Oficial Principal Carlos Costilla.

pude hacer, y ahí levanté a un señor mayor, muy grande, con un nene, nieto o ahijado, no sé, y los dejé en 6 y 526. Los dejé y salí de vuelta, y en esa misma zona alguien me marcaba que había un nene solo en una casa, por 528 y 9. Era una puerta de madera y alguien desde un primer piso, me marcó que había un nene solo. Rompí la puerta para entrar. Cuando entré vi un muerto, que yo no sé si era un nene, pero lo vi, pegué media vuelta y me fui...⁹

Estos testimonios, y varios otros que podrían agregarse, vieron cuerpos sin vida con sus propios ojos. Aún, de menores de edad. ¿Testimonios desvalorizados o ignorados por las autoridades judiciales? ¿Visiones engañosas en medio de una tragedia brutal? ¿Mitos o realidades?

Las respuestas finales a estos interrogantes, tal vez, estén en un solo lugar: la morgue policial de La Plata.

⁹ Testimonio que figura en la causa «Rodríguez Sandra Edith C/Poder Ejecutivo S/Habeas Data». Expediente 27068 – Juzgado Contencioso Administrativo N° 1 de La Plata.

Todos los caminos conducen a la morgue

El 9 de abril apareció el cuerpo semicarbonizado de Nilda Godoy, en un descampado de Los Hornos. El cadáver fue trasladado a la morgue policial, en el Cementerio de La Plata. Ese mismo día y en ese mismo lugar, Pedro Alfredo Godoy, el hermano de Nilda, reconoció el cadáver de su hermana. A esa altura, oficialmente, Nilda Godoy era la víctima 52. Pero ya habían asomado los casos de Juan Carlos García y Edgardo Reguera¹, y se seguían sumando testimonios de personas que decían haber visto más víctimas de las que se reconocían. ¿Cuántos más fallecidos habría por la inundación? ¿Dónde estaban? ¿Qué pasaba en la morgue?

Un comisario fiel

Seguimos en la mañana del 9 de abril. Mientras todo aquello ocurría dentro de la morgue, en la puerta de la misma, el juez Luis Arias, el defensor del Fuero Penal Juvenil, Julián Axat, y otros auxiliares judiciales esperaban por entrar para realizar una inspección ocular.

¹ Edgardo Reguera, de 79 años, apareció fallecido en la vía pública. Vivía en 28 entre 43 y 44. Su hijo reconoció el cadáver en plena calle. Según consta en la declaración del propio hijo de Reguera, efectivos de la Policía Bonaerense vieron también el cuerpo en la vía pública. Esos efectivos le recomendaron iniciar los trámites en una casa velatoria. Finalmente, un médico particular certificó la muerte de Reguera como paro cardiorrespiratorio. El cadáver fue incinerado.

Tenían una orden firmada por el propio Arias. Varios medios periodísticos estaban allí apostados. Sin embargo, el jefe de la morgue, el comisario inspector Sergio Marano, y el jefe de la Policía Científica de la Departamental La Plata, comisario inspector Carlos Jaime, les impidieron el acceso. Obraban por orden del comisario general Pablo Daniel Vázquez, titular de la Policía Científica de la Provincia de Buenos Aires. Arias abandonó el lugar, no sin antes dejar constancia en un acta que les había prohibido el ingreso.

Días más tarde, el propio Arias denunció por desobediencia al comisario Vázquez. El 10 de junio de 2013, más de dos meses después del incidente, Vázquez se sentó a declarar ante Arias.

Soledad. Diario de investigación 10 de junio de 2013

Como amicus curiae en la causa, tuve la posibilidad de estar en la declaración de Vázquez. El comisario se sentó ante el Juez seguro, como sobrando la situación. Durante las dos horas y media que duró el acto, nunca dejó de masticar chicle:

Vázquez: -Si usted se ha sentido obviamente mal por la situación, le pido disculpas pero estábamos en realidad abocados a la tarea que había impartido el fiscal² que era llegar al esclarecimiento rápido e inmediato de esta persona³. Me parece que pasó por un exceso de celo en la tarea investigativa y que nosotros no teníamos conocimiento, nosotros no lo conocíamos a usted ni teníamos un oficio que nos indicara que usted estaba interviniendo. Nosotros sabíamos que había un Fiscal y un Juez de Garantías que estaba interviniendo en este caso en particular. Eso es lo que yo le puedo decir desde mi lugar puesto que en todo momento la directiva fue poner todo el esfuerzo, todos los recursos, todo el ímpetu necesario para poder llegar al esclarecimiento veloz y rápido. Entonces había todo un equipo de trabajo, de necro-

² Se refiere a Juan Cruz Condomí Alcorta.

³ Por Nilda Godoy.

papiloscopía porque había que reconstruir la mano y había muchísima zozobra en la sociedad por la modalidad en la que se encontró este cadáver; era realmente... realmente fue alarmante porque estaba incinerado. Y a mí, discúlpeme, porque yo me consterno muchísimo porque esta situación nos sensibilizó muchísimo... Primero, porque era una señora de edad; segundo, porque fue arrastrada a esos cañaverales, y tercero, porque no sólo la muerte sino el desprendimiento de sus miembros a partir de la exposición del fuego. Pero bueno, esto fue así, no fue de otra manera.

Juez Arias: -En varias partes de su relato Ud. señaló que el objetivo era la celeridad; que se lo había instruido para dar celeridad al trámite, para identificar rápidamente el cuerpo, para que sea entregado rápidamente a sus familiares. ¿Quién impartió esas órdenes?

Vázquez: -Las órdenes las impartió el Subsecretario de Política Criminal e Investigaciones Judiciales (Dr. César Albarracín). Inmediatamente. La orden fue que se realizaran todos los estudios científicos y técnicos necesarios para darle celeridad a la identificación y obviamente, con la consulta a Fiscalía para ser entregada a los familiares lo más pronto posible, porque la sociedad lo reclamaba⁴.

Vázquez dijo que estaban acelerados por el compromiso de identificar rápidamente el cuerpo de Godoy; que esa celeridad había impedido que finalmente Arias pudiera cumplir con su diligencia. Ahora, ¿era tal la celeridad? Revisamos el libro de guardia de la morgue del día en cuestión, 9 de abril de 2013, entre las 11:30 y las 13:20.

11:35 Regresa	Amb. Morguera de 69 y 134 con NN aparentemente femenina. ⁵
11:40 Presente	Personal DDI L.P. Principal Muñoz y Tte. Pal... (ilegible)
11:40 Se Retira	Sub. Crio Rosales.
11:55 Presente	Odontólogo Bianchi a pericias cod. N 19382

⁴ Transcripción textual de la declaración del Comisario Inspector Vázquez ante el Juez Luis Arias.

⁵ Transcripción textual del Libro de Guardia de la Morgue.

12:10 Presente	Crio. Gral. Vázquez
12:15 Presentes	Doctores Rivas, Massolo, Axat para realizar Inspección en esta Dependencia
12:20 Presentes	Crio. Insp. Jaime; Sub. Crio. Rosales
12:50 Presente	Sr. Godoy Pedro Alfredo L.E.8.574.970 a reconocer CAD. de NN femenina ingresada con número interno 19382
Ilegible	Sansone....Lopez, Lamotta, Alsina..Machado
13:05 Presente	Dr. Luis Arias juez contencioso administrativo quien ingresa a esta división con cámaras de tv y periodistas de distintos medios
13:10 Se Retira	Sr. Godoy Pedro Alfredo quien reconoce a cadáver N° 13982 como Godoy Nilda Lujan por anillo metal plateado, alpargatas y según dice por las piernas. Dice ser hermano de la víctima.
13:15 Se Retira	Dr. Luis Arias, Dr. Rivas, Massolo, Axat y totalidad de cámaras y periodistas.
13:20 Se Retira	Crio. Gral Vazquez, Crio. Jaime, Crio. Insp. Marano.

Qué queremos destacar con estos datos:

1) Que a las 13:10 se retira el hermano de Nilda Godoy luego de haber reconocido el cadáver de su familiar. Según el libro de guardia, Arias se retira del lugar a las 13:15, es decir, cinco minutos después de Pedro Alfredo Godoy. ¿Por qué no dejaron entrar a Arias, entonces, si el reconocimiento del cuerpo ya estaba hecho?

2) Los comisarios Vázquez, Jaime y Marano se retiran de la morgue 13:20, cinco minutos después de Arias. Es decir, cumplido el reconocimiento, el momento de *alteración* ya había terminado. ¿Esperaron a que Arias desistiera de la idea de ingresar a la morgue y se fuera para abandonar el lugar? ¿Por qué tanto celo en evitar que Arias ingresara a la morgue?

El 29 de agosto de 2013, el juez César Melazo sobreseyó al comisario Vázquez en la causa por desobediencia iniciada por Arias. En su fallo absolutorio, Melazo expresó que, al prohibirle el acceso a la

morgue a Arias, el comisario Vázquez no estaba provocando un daño apreciable ni cometiendo delito alguno⁶.

El 20 de septiembre de 2013, el flamante Ministro de Seguridad bonaerense, Alejandro Granados, puso en funciones a la cúpula policial que lo acompañaría. A cargo de la Superintendencia de Policía Científica en Función Judicial fue confirmado el Comisario General Pablo Daniel Vázquez.

Un juez no, el otro juez sí

10 de abril de 2013. Un acta:

En la ciudad de La Plata, Provincia de Buenos Aires, a los 10 días del mes de Abril de 2013, y siendo las 12.00 hs., se constituyen en forma conjunta el Sr. Juez Dr. Federico Guillermo Atencio, a cargo del Juzgado de Garantías Nro. 1 del Departamento Judicial de La Plata, el Sr. Agente Fiscal Dr. Juan Cruz Condomí Alcorta, encontrándose presente asimismo el Sr. Sub Secretario del Ministerio de Justicia y Seguridad, Dr. Cesar Albarracín, secundados en la oportunidad por la Secretaria del Juzgado interviniente, Dra. Graciela Franquet, la Auxiliar Letrada del citado Juzgado de Garantías 1, Laura Scure, y el Auxiliar Letrado Patricio Graciano; asimismo, se hallan presentes la Dra. Valentina Paz Albornoz, secretaria de la UFI interviniente, participando además los Dres. Rodolfo Goyena y Claudio Gerry de la Procuración General, asimismo también se hallan presentes tres peritos médicos de la Dirección General de Asesorías Periciales de la SCJBA, Dres. González Carranza, Granillo Fernández y Nemme y el Dr. Capelli, titular del citado Organismo, en el marco de la IPP 12.771/13 caratulada Averiguación de Causales de Muerte y Averiguación de Paradero, a los fines de cumplimentar la Inspección Ocular en la Morgue Policial del Cementerio local, *peticionada*

⁶ Resolución sobre sobreseimiento de Pablo Daniel Vazquez. I.PP N° 06-00-018116-13 de trámite por ante la U.F.I.C. N° 8.

por el Sr. Ministro de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires. Que a dichos efectos, habiéndonos constituido en la mencionada morgue, sita en calle 72 y 136 de este medio, los funcionarios antes mencionados somos recibidos por el Crio. Inspector Carlos Jaime, Crio. Inspector Sergio Marano, Subcomisario Javier Rosales, Oficial Marcelo Machado, Tte. 1ro Guillermo López. Quienes interiorizados de la diligencia a llevarse a cabo nos allanan el ingreso a las instalaciones de la morgue, primeramente se ingresa a la sala identificada como, Sala de Autopsia número 2, donde constatamos la existencia de una fallecido en el día de la fecha, el cual se halla en una camilla a la espera de ser autopsiado...⁷

La pericia duró una hora. En el acta, se estableció la *cantidad* de cadáveres en cada una de las heladeras de la morgue, pero no la *identidad* ni la *procedencia* de los mismos. Un mero conteo cuerpos, ¿de qué serviría en función de la investigación?

La medida fue solicitada por el Ministro de Seguridad y Justicia bonaerense, Ricardo Casal, aun cuando no era parte en la causa y por lo tanto, según la ley, no estaba habilitado para pedirla. A pesar de ello, el juez Atencio accedió. ¿Y si en la pericia se encontraban elementos que pudieran complicar a Casal o a otros funcionarios políticos? ¿O es que *se descontaba* que no habría tales elementos? En efecto, la inspección ocular en cuestión, ¿habrá sido para abrir una nueva instancia en la investigación? ¿O para cerrarla definitivamente? Tal vez, ahora entendamos por qué un día antes le habían prohibido el acceso al juez Luis Federico Arias.

Al otro día de la inspección en la morgue, el día 11 de abril, el Juez Atencio elevó un recurso por conflicto de competencias. Intentó impedir que Arias continuara con su investigación en el Juzgado Número 1 del Fuero Contencioso Administrativo. Atencio consideraba que la causa por las muertes en la catástrofe debía recaer en la justicia penal. La Suprema Corte bonaerense, finalmente, falló a favor de la continuidad de Arias al frente de su in-

⁷ Las cursivas son nuestras.

vestigación. Pero habían pasado veinte días de paralización forzosamente. Un tiempo de oro para avanzar en la búsqueda de la verdad, pero también, para ocultarla.

Flojos de papeles

Apenas retomó su investigación, Arias pidió a la UFI N° 5 una copia del libro de guardia y otra del libro de entrada y salida de cadáveres de la morgue policial. Esas copias llegaron a sus manos el 10 de mayo de 2013.

Cuando en el Juzgado se comenzó a revisar el material, se constató que al libro de entrada y salida de cadáveres, le faltaban hojas; nueve hojas, para ser exactos.

Arias decidió dirigirse directamente a la sede de Policía Científica con una orden de secuestro del libro original para su posterior estudio. Nuevamente, se topó con la reticencia del comisario inspector Carlos Jaime. Una vez más, cumplía órdenes del comisario general Pablo Vázquez. De todas maneras, Arias secuestró los registros originales, entregó el oficio y se retiró con la documentación. ¿Qué información contendrían las hojas que no habían sido copiadas?

El libro de guardia es un cuaderno con las hojas numeradas, en el que se pretende dejar constancia de todos los eventos que se producen en la morgue: ingresos y egresos de personas; ingresos y egresos de fallecidos; constancias de eventos varios; novedades, cambios de guardia, etc.

Por otra parte, empleados y médicos utilizan otro libro, llamado *Libro de Entrada y Salida de Cadáveres*. Es un cuaderno anillado, de esos que se pueden sacar y poner hojas girando el plástico en forma de resorte, cuya foliatura se va dando por *número de orden de óbito*. En cada hoja se describen: nombre y apellido del fallecido; fecha y hora de ingreso del cuerpo; autoridad policial interviniente (en general consta la comisaría); lugar de procedencia; juzgado (en el que escriben el número de fiscalía); descripciones físicas; datos de la autopsia (si se hiciera), y anotaciones varias que utilizan los médicos forenses para redactar lo que finalmente entregan como informe de autopsia. Por último, escriben los datos de la entrega del cuerpo, con

fecha, hora e identidad de la persona que lo retira (aunque no en todos los casos con la información completa, por lo que se hace imposible saber quién retiró el cuerpo).

Se verá a continuación un ejemplo de esas hojas, en este caso correspondiente a una de las víctimas de la inundación:

ORDEN Nro. 19362

CADÁVER de Raimundo Eliseo Aguirre Autoridad Policial Interviniente: Libertad
 Procedo de 123 Compartimiento 1013 a las 18:00 Hs. EGRESO el 12 de 20 a las 18:00 Hs.
 INGRESO el 12 de 2013 a las 18:00 Hs. EGRESO el 12 de 20 a las 18:00 Hs.
 TRaslado DEL CADÁVER de 123 a las 18:00 Hs. EGRESO el 12 de 20 a las 18:00 Hs.
 MEDICO CHOPER CHOPER

SEXO		TEJ	OJOS	CABELLOS	PISO	ALTURA	EDAD	SEÑAS PARTICULARES	DOMICILIO
F		<u>Blanco</u>	<u>Hermi</u>	<u>Verde Yelmo</u>	<u>80</u>	<u>1,70</u>	<u>625</u>		

DATOS LEGALES		SE EXTRAJO SANGRE		SE EXTRAJERON VISCERAS		SE EXTRAJERON PROYECTILES		OTROS DATOS DE INTERES	
PUB FICHADO	AUTOPSIA	SI	NO	SI	NO	SI	NO		
<input checked="" type="checkbox"/>	<input checked="" type="checkbox"/>	<input checked="" type="checkbox"/>	<input checked="" type="checkbox"/>	<input checked="" type="checkbox"/>	<input checked="" type="checkbox"/>	<input checked="" type="checkbox"/>	<input checked="" type="checkbox"/>		

DATOS DE AUTOPSIA		MORGUERO		VISCERAS EXTRAIDAS		PROYECTILES EXTRAIDOS	
DIÁ	HORA	MÉDICOS INTERVINIENTES					
<u>03/07</u>	<u>22:50</u>	<u>Delgado</u>				<u>Delgado por Sumaria</u>	

DETALLE EFECTOS PERSONALES Y VALORES DEL OCCISO AL INGRESAR A LA MORGUE

ENTREGA DE EFECTOS PERSONALES Y VALORES

A los 12 días del mes de Julio de 2013 siendo las 18:00 Hs. se hace entrega de los efectos personales y valores detallados precedentemente a: quien firma de plena conformidad conjuntamente con el morguero que lo entrega.

ENTREGA DEL CADÁVER

A los 12 días del mes de Julio de 2013 siendo las 18:00 Hs. se hace entrega del cadáver de: quien firma de plena conformidad.

APellido y Nombre: Eliseo Aguirre documento de identidad Nro. 16827421 Salubrescecin

Hoja en la que se registró el paso por la morgue policial del cuerpo de Raimundo Eliseo Aguirre

Es al menos llamativo ver como ponen día y hora de autopsia (3/4 22:50) cuando en el casillero de autopsia señalaron NO, puesto que se realizaron sólo seis autopsias en el caso de los 51 fallecidos reconocidos en la primera lista difundida. Para el resto lo que se hizo fue un Reconocimiento Médico Legal o RML.

Los libros de la morgue, que presumiríamos prolijos, rigurosamente auditados, y al menos legibles en su totalidad, no son más que un compendio de hojas de lectura forzada, repletas de tachaduras, manchones y correcciones. La facilidad con la que podrían ser adulterados asombra... ¿O no?

Ocho de 52...

Ese fue el número de autopsias en relación al número de cuerpos de víctimas de la inundación que pasaron por la morgue policial hasta el 9 de abril de 2013. Según los registros y los informes periciales, se realizaron autopsias a Rodolfo Juan Jurado, Rita Esther Cebey, Hugo Horacio Jurado, Nicolás Serapio Guerrero, Nélida Reyes, Esteban Ezequiel Monjes, Josué Suárez Salazar y Nilda Godoy. A los demás se les hizo lo que se denomina como *Reconocimiento Médico Legal*.

El artículo 215 del Código Procesal Penal de la Provincia de Buenos Aires dice: «Autopsia necesaria.- Se ordenará la autopsia en caso de muerte violenta o sospechosa de criminalidad». ¿Había entonces cuerpos que no ameritaban autopsia o todos debieron pasar por el mismo procedimiento? ¿Por qué se decidió someter a autopsias a algunos cadáveres y a la mayoría no?

Esta misma pregunta se le realizó al comisario general Pablo Vázquez, el 10 de junio de 2013, al declarar en el juzgado del Dr. Luis Arias:

Dr. Massolo (Auxiliar Letrado): -En cada caso, ¿quién tomaba la decisión de si al cadáver hallado se le realizaba una autopsia o un reconocimiento médico?

Crio. Vázquez: -Se había hablado con el Fiscal (Se refiere al titular de la UFI N° 5, Juan Cruz Condomí Alcorta)... En realidad el Fiscal había dado la orden, pero... Perdón, perdón, perdón... Esto es así... A ver... Los médicos hacían una evaluación externa del cadáver y obviamente, si los cuerpos presentaban algún signo que no quedara claro el motivo de muerte se procedía a la autopsia. Los médicos realizaban un examen externo del cadáver. Estamos hablando en el interior de la morgue, ¿no es cierto?, en donde los médicos estaban haciendo el reconocimiento. Pongamos, los médicos estaban haciendo el reconocimiento del cadáver al interior de la morgue.

Dr. Massolo: -¿Algún signo que presentara duda, dijo...?

Crio. Vázquez: -Algún signo que no quedara claro el motivo del deceso y que no presentara lesiones. Se le comunicaba obviamente al Fiscal, y... No sé si contesté la pregunta... Los médicos realizaban un examen externo del cadáver al interior de la morgue y si el cuerpo presentaba algún signo que no quedara claro el motivo del deceso se practicaba la autopsia... Existen signos tipificadores de la causal del deceso. Entonces existen signos tipificadores de las causales del deceso que mediante un examen externo... Ponga así: los médicos se encuentran... Los médicos legistas se encuentran en condiciones científicas de afirmar el motivo de la muerte. Punto. Este tipo de prácticas son de protocolo para los casos de víctimas múltiples en distintos eventos a nivel provincial. Vale decir que cuando la causal del deceso es clara se lo anoticia al Fiscal y se hace únicamente un examen externo del mismo, donde incluye punciones torácicas a los fines de establecer estudios toxicológicos y obtención de muestras de ADN para certificar, si así lo dispusiere la Fiscalía, para realizar estudios complementarios de identidad.⁸

El 5 de julio de 2013 declaró el médico forense de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, el Dr. Andrés Lamotta. ¿Ratificaría o no lo que había declarado Vázquez?

Dr. Massolo (Auxiliar letrado): -¿Cómo es el procedimiento para realizar los reconocimientos médicos?

Dr. Lamotta: -Bueno, los reconocimientos médicos... Eh... Usted dice de muerte... Esto es así: pueden ser reconocimientos médicos en la morgue o pueden ser, este, en muertes naturales. Eso ya sería lo que eventualmente nosotros hacemos. Pero bueno, las muertes naturales, habitualmente... Uno... No ingresan a la morgue. Generalmente... Pueden ingresar, ¿eh?, pero generalmente no. Y si uno hace un reconocimiento, en el caso de hacer un reconocimiento médico, se hace todo un re-

⁸ Transcripción de la declaración del Crio. Gral. Pablo Vázquez en el Juzgado Contencioso Administrativo Nº 1 de La Plata. 10 de junio de 2013.

conocimiento externo de la víctima y se constata las características a simple vista que pueden dar lugar a un patología. Y previamente por supuesto uno tiene que tener el aval o no del Fiscal que ante una determinada circunstancia dice que carácter... eh... Qué se tiene que hacer, si autopsia o reconocimiento médico legal. Poné acá que en la morgue hay solamente una sola mesa de autopsia que funciona.

Dr. Massolo: -Por el examen externo se constata a simple vista si hay una patología, me dijo...

Dr. Lamotta: -Sí, sí.

Dr. Massolo: -En el procedimiento de constatación, ¿qué hacen?

Dr. Lamotta: -Hago un informe de las características, este, del cadáver, e informo lo que veo. Sexo, edad, talla, describo todo lo que es un cadáver... Marcas, lesiones, signos... Signos que hacen suponer determinadas patologías.

Dr. Jorajuría de León (parte actora): -¿Cómo es el procedimiento para determinar la causal de muerte?

Dr. Lamotta: -La única forma de la causal de una muerte, para decir, este, en términos científicos segura es realizar, este, la autopsia. No hay otra. Lo que pasa es que este... Eh... Eh... Los reconocimientos, a veces, cuando por algún motivo los solicita un fiscal es por, este, alguna razón como fue este caso de los inundados.

Dr. Massolo: -¿Qué tiene este caso? ¿Qué razón?

Dr. Lamotta: -Que por ejemplo, había signos de que la víctima se había ahogado porque tenía la ropa mojada. Tenía signos, este, de hongo de espuma externo que es lo que es un signo de ahogamiento. Y si uno, en ese caso, hubiera tenido que hacer la autopsia a todos hubiéramos, tardado... Con una sola mesa funcionando... Calcule que más o menos una autopsia el tiempo es de una hora y media más o menos.

Dr. Massolo: -¿Cuánto tiempo iban a tardar?

Dr. Lamotta: -Y... Eran cincuenta, más o menos, cuando estaba yo eran cincuenta cadáveres... Hubiéramos tardado, por lo menos, más de tres días si se hubiese hecho la autopsia a todos.⁹

⁹ Transcripción de la declaración del Dr. Lamotta en el Juzgado N°1 del Fuero Contencioso Administrativo bonaerense. 5 de julio de 2013.

En la continuidad de su declaración, el Dr. Lamotta se apoyó en un caso específico para describir su labor durante las horas posteriores a la inundación:

Dr. Lamotta: -Ahora, qué pasa... Distinto es que usted me dice a mí, un reconocimiento médico. ¿Por qué? Porque el reconocimiento médico son veinte minutos y yo no lo abro al paciente. Pongo lo que yo veo, es como si yo tengo que describir a una persona, entonces yo lo describo: sexo masculino, ta... ta... ta... Tiene tales características, tal cosa, tal otra... De acuerdo a lo que tiene o de acuerdo a lo que presenta, como le decía la ropa mojada... Es evidente que se... eh... que ha estado, este... en algún lado... Uno, bueno, saca evidencias. Informo lo que veo. Si usted tiene toda la ropa mojada, supongo que habrá estado....Ahora si usted me dice a mí que usted está con la ropa seca y usted estuvo... eh... a mí me dicen que lo sacaron del río, hay algo que no me cierra. ¿Está? Es más, hay un paciente al cual le hice la autopsia porque el paciente tenía la ropa seca. Y le digo, es más, es un paciente que me acuerdo porque el apellido es Lucero, y el paciente se muere de un infarto previo, previo a la inundación... Y ahora, ¿por qué yo le hago la autopsia? Usted me dice: ¿Por qué decidió hacerla? Porque tenía la ropa seca... Ahora eso es más o menos lo que uno ve en todo este panorama. Pero bueno usted me dice por ahí por qué decidió hacerle la autopsia, justamente fue un... Un signo macroscópico que uno vio que no se condecía con los otros anteriores que yo les había hecho el reconocimiento médico. Hay otros signos, por ahí, que uno ve que está mojada, la piel está blanda, está húmeda, yo me olvidé por ahí de nombrárselos, en el cual yo le puedo decir que estuvo bajo el agua. ¿Está? En cambio, esa víctima que fue contada como ahogado y no se ahogó, no tenía, macroscópicamente le digo, la ropa seca y había sido aparte anteriormente había sido previo a la inundación...

Dr. Massolo: -¿Pero cómo sabe que el infarto de esa persona se produce antes de la inundación?

Dr. Lamotta: -Porque lo habían encontrado antes. Estaba muerto antes de la inundación... O el agua empezó a subir a las cinco de la tarde y el hombre se había muerto antes. Pero de eso yo

después me entero. ¿Está? Después yo me entero que al hombre lo habían encontrado antes. Ahí yo lo tomé como que había... que el hombre también era... eh... Esto era así, era sacar un cadáver y poner otro, sacar uno y poner otro. ¿Está? Pero cuando lo ponen a este hombre... Usted va a ver que yo tengo reconocimiento médico, reconocimiento médico y justo cae él y ahí le hago la autopsia porque no tenía lo que yo le decía a usted desde el punto de vista macroscópico; algo que me hacía dudar que no se condecía con lo que venía viendo. Y en el informe mío de autopsia dice... eh... Es más tiene la foto del corazón que se ve para mostrar que se había infartado.

¿Qué nos deja el testimonio del Dr. Lamotta? Primero, que no hay ninguna persona registrada con el apellido Lucero. Podríamos pensar que se confundió con el caso de Rodolfo Juan Jurado. En el libro de la morgue figura que su deceso se produjo por *Síndrome Asfíctico ICA IAM* (Insuficiencia Cardíaca Aguda-Infarto Agudo de Miocardio). En el informe de autopsia también especifica que falleció por un infarto agudo de miocardio. Pero en el formulario que se utiliza para inscribir el fallecimiento en el Registro de las Personas, y que completó otro médico, dice que la causa de la muerte fue *Asfixia por Sumersión*.

Segundo, el Dr. Lamotta dice que él decidió *hacerle la autopsia porque tenía la ropa seca*. ¿Eran los médicos legistas, entonces, quienes tenían la última palabra para hacer o no una autopsia? Y por otra parte, haber tenido la ropa seca, ¿eximía automáticamente a una persona de haber sido víctima de la inundación? ¿Se hacían autopsias para descartar víctimas del temporal y no para certificar las reales causales de muerte? ¿Y si alguien tenía la ropa mojada o tenía signos de haber estado sumergido y en verdad no había muerto por la inundación, sino por otra causa... como un crimen, por ejemplo...?

El extraño caso de Luis Mario Rivero

3 de abril de 2013. 8:35 de la mañana. El cadáver de Luis Mario Rivero, de 72 años, estaba sobre la cama de la casa de 94 y 116 bis. Una patrulla policial ya estaba en el lugar. ¿Qué había pasado?

Rivero vivía con otros dos hombres: Héctor Raúl Pérez, de 61 años y Romualdo Alvez, de 73. Antes de que la morguera se llevara los restos de Rivero, Pérez relató ante los policías lo que había pasado. Contó que habían estado con treinta centímetros de agua en la casa hasta entrada la madrugada; que cuando el agua bajó, decidieron acostarse; que cuando Héctor se levantó encontró fallecido a Rivero sobre la cama; que creía que había muerto por el frío y la humedad porque últimamente estaba muy delgado y muy débil. Pérez aclaró que Rivero había tenido problemas de alcoholismo¹⁰.

Tres días después, el 6 de abril, Pérez volvió a declarar. El acta policial decía lo siguiente:

Como quedara expresado, vivo y me domicilio en el lugar de mención, haciéndolo juntamente a LUIS MARIO RIVERO, de 72 años de edad, y ROMUALDO ALVES, de 73 años de edad. Que con respecto a RIVERO falleció a raíz del último temporal de lluvia acaecido con fecha 2 de abril del corriente año en el cual fueron víctimas varias personas. Que el día que sucedió esto, estábamos ALVES, RIVERO y yo en el interior del domicilio. Como vimos que la casa comenzó a inundarse decidimos salir de la vivienda hasta la parte del fondo en donde existe un montículo de piedras que es alto y no fue tapado por el agua, siendo que a este lugar subimos ALVES y yo, siendo que con respecto a RIVERO no se quiso subir y decidió quedarse parado junto a unos machimbres que había, siendo que yo le hablaba en todo momento y él me contestaba como que estaba bien, pero en un momento no me contestó más y murió de frío. Que al día siguiente se presentó la Morguera Policial y se lo llevó junto a otros cadáveres. Respecto a RIVERO no posee familiar alguno, siendo que me presento a los fines de tramitar la entrega del Cuerpo y dar cristiana sepultura ya que soy la persona más cercana que posee¹¹.

¹⁰ Este relato consta en un acta, a fojas 270 de la IPP 06-00-015764-13, tramitada en la UFI N° 5.

¹¹ Acta de la declaración de Héctor Raúl Pérez, del 6 de abril de 2013, que figura a fojas 279 de la IPP 06-00-015764-13, tramitada en la UFI N° 5.

En la primera declaración, Pérez dijo que se habían ido a dormir y que encontró a Rivero muerto al otro día. Tres días después dio a entender que falleció durante la inundación. En esta segunda declaración salta desde «no me contestó más y murió de frío» a «[...] al día siguiente se presentó la morguera policial y se lo llevó...». Pregunta: ¿cómo llegó el cuerpo de Rivero a la cama? ¿Lo llevaron sus compañeros o falleció allí? ¿Cómo concluye Pérez que «murió de frío»? ¿Le parece o lo vio? Lo único que sabemos, a partir de su segundo testimonio, es que estaba hablando y de pronto, no habló más.

Ahora, ¿de qué murió realmente Luis Mario Rivero? Como lo expresó el Dr. Andrés Lamotta en su declaración, la única forma de determinar la causal de una muerte, en términos científicos, de manera segura, es realizando la autopsia. En el caso Rivero, ¿hubo autopsia? La respuesta es no. En el libro de entrada y salida de cadáveres de la morgue policial consta que Luis Mario Rivero murió debido a una «insuficiencia respiratoria aguda por asfixia por sumersión». Los médicos firmantes especificaron, además, hora y fecha de muerte: «2 de abril; 23:00 horas». Entonces, Rivero: ¿murió de frío o ahogado? Y además, ¿fue durante la noche de la inundación o más tarde, durante la madrugada, como testimonió en primera instancia Pérez?

Queda claro que Rivero falleció durante las horas dramáticas de la inundación. Ahora, las causas de su muerte están en una nebulosa. ¿Ahogado, de frío...? ¿O pasó algo más? No lo sabremos. A pesar de las contradicciones de su compañero de vivienda, no hubo investigación. Declaración, informe médico, sello y caso cerrado.

El cuerpo de Luis Mario Rivero estuvo en la morgue hasta el 11 de abril de 2013. Según los libros de guardia, fue el anteúltimo cadáver entregado para su inhumación de todos los que pasaron por allí y tuvieron que ver con la inundación. El cuerpo de Nilda Godoy, el 12 de abril, fue el último... ¿Fue el último?

Morir dos veces: el agujero negro de la morgue

Soledad. Diario de investigación. 29 de noviembre de 2013

Me llamó Alejandro, un militante por la causa de los inundados. Me comentó que tenía una amiga que sospechaba haber enterrado a un muerto de la inundación en lugar de su padre. Yo no entendía bien de qué me hablaba. El relato era confuso. Me pasó el número de teléfono de su amiga. Por un momento dudé. Ya me habían tendido trampas para que fuera a determinados lugares y en cada una logré zafar por pura intuición. Igualmente decidí llamarla. Apenas me presenté, parecía que esperaba mi contacto: «A mi papá lo enterramos dos veces, temo que me hayan hecho enterrar a una víctima de la inundación».

Gabriela me contó que su papá, Raúl Jaime Isla, había fallecido el 23 de noviembre del año 2012; que tenía dudas sobre las causas de su deceso y realizó una denuncia que abrió una investigación judicial por averiguación de causales de muerte. Durante el año 2013, Gabriela solicitó a la Fiscalía Nº 3, a cargo del Dr. Marcelo Martini, el permiso para cremar los restos de su padre. Se lo negaron debido a que su progenitor estaba unido en matrimonio (con una mujer que no era la madre de Gabriela), y era su esposa la que debía realizar tal pedido. Gabriela pasó por largos y engorrosos trámites judiciales, hasta que al fin logró dar sepultura a los restos de quien ella creía que era su padre. Esto ocurrió en el cementerio de La Plata, el 22 de noviembre de 2013, casi un año después de la muerte de Isla.

Gabriela le avisó a su tía, la hermana de su papá, que le había dado sepultura. Hacía meses que no se hablaban por cuestiones particula-

res. Antes de que Gabriela pudiera decirle cuál era la tumba, su tía le contó que su padre ya había sido sepultado a principios de año, con la anuencia de su esposa.

Confundida y sorprendida, Gabriela me pasó los datos de la tumba donde ella creía que había enterrado a su papá¹. Le dije que necesitaba saber cuál era la tumba en la que su tía y la esposa de su padre habían sepultado a Raúl. ¿Habría dos tumbas con el mismo nombre en la lápida?

1 de diciembre de 2013

Era lunes, cerca de las 10 de la mañana. Estaba cansada. Me llegó un mensaje. Gabriela había averiguado lo que le había pedido. Tenía que ir al cementerio. Compré flores para no despertar sospechas. Me dirigí primero a la tumba que señaló la tía de Gabriela.² Y sí, allí la lápida era clara: «Raúl Jaime Isla – 23-11-2012». Le saqué una foto.



No lo niego: estaba nerviosa. Caminé hasta la tumba donde Gabriela había despedido a su padre. Le dejé unas flores. Mi cabeza estaba mareada de preguntas. Saqué otra foto.

¹ Estaba en la Sección 29, Tablón E – Sepultura 31 del Cementerio de La Plata.

² Sección 47, Tablón C, Sepultura 16.



¿En cuál de esas tumbas estaba Raúl Jaime Isla? ¿Estaba realmente en alguna de esas tumbas? En fin, ¿quiénes habían sido enterrados allí? Decidí comunicar esta situación al Juzgado del Dr. Arias.

El 30 de diciembre de 2013, el juez Arias ordenó la exhumación de los cuerpos enterrados en ambas tumbas. Los cadáveres fueron trasladados a la Asesoría Pericial de La Plata. Las autopsias se realizaron el 3 de enero de 2014. Los restos de Raúl Jaime Isla estaban en la tumba donde los enterró su esposa. ¿A quién despidió entonces Gabriela? ¿A quién le habían entregado como su padre sin ser su padre?

Este cadáver NN estuvo en la morgue policial hasta que fue enterrado como el padre de Gabriela. Quien fue en vida en verdad, todavía no pudo establecerse. Pero sí se pudo desentrañar el mecanismo para hacer pasar ese cadáver como el de Raúl Jaime Isla.

El mecanismo

Cuando una persona muere, un médico debe certificar la muerte y sus causas. Luego, el fallecimiento es inscripto en el Registro Provin-

cial de las Personas que a su vez expide el certificado de defunción y la licencia de inhumación correspondiente. Con este documento, la familia dispone el destino final del cuerpo en cuestión. Todo esto, siempre que estemos ante una muerte por causas naturales.

Ante una muerte traumática o en la que haya sospecha de criminalidad se inicia una causa judicial y el fiscal interviniente ordena la autopsia correspondiente. Luego, el médico forense es el encargado de certificar la defunción, estableciendo las causas. Por ejemplo, *asfixia por sumersión; asfixia mecánica por ahorcadura*, etc. Con el certificado médico, la fiscalía expide un oficio solicitando la inscripción de la defunción en el Registro Provincial de las Personas, dejando constancia de la prohibición de la cremación o el traslado fuera de la Provincia de Buenos Aires del cuerpo. Es decir, los familiares no pueden disponer libremente del cadáver mientras la causa permanezca abierta.

¿Dónde radica la irregularidad en el caso Isla? En agosto de 2013, la morgue policial solicitó a la fiscalía (en este caso la UFI N° 3) que pidiera al Registro Provincial de las Personas la inscripción de la defunción de Raúl Jaime Isla. Esta inscripción no se realizó con el DNI del fallecido. ¿Por qué? Porque en realidad, como vimos, Isla ya había sido inscripto y enterrado por su mujer, ocho meses antes, en enero de 2013. ¿Cómo hicieron pasar el cadáver NN por Isla? Usaron otro procedimiento legal para identificar un cadáver irreconocible, ya sea por el paso del tiempo, por haber estado expuesto al fuego, por tener amputadas las extremidades, etc. ¿Cómo es ese procedimiento legal? Se basa en un formulario al que se conoce con el simple mote de *formulario 25*. En lugar de poner el DNI de la persona o sus huellas o alguna otra forma de identificación, se recurre a dos testigos que den fe de haber conocido en vida a la persona fallecida. ¿Qué ocurrió en el caso Isla? Obviamente, no había DNI, ni huellas ni nada. Recordemos: el cadáver había sido enterrado el 10 de enero de 2013. En la morgue decidieron que los dos testigos fueran dos efectivos policiales, cuyos nombres constan en la causa, y que dieron como domicilio legal... ¡la propia morgue policial, es decir, calle 72 y 136!

Con el *formulario 25* y con el oficio de la fiscalía autorizando la inscripción en el Registro Provincial de las Personas, obtuvieron la

autorización para inhumar el cadáver. Es decir, el mecanismo de vela que desde la morgue policial pueden obtener esta especie de *cheque en blanco* para sacar de ese lugar y enterrar legalmente en el cementerio a cualquier persona.

En el caso de Gabriela Isla, aprovecharon su pedido para colocar un cadáver que no era su padre como su padre. Para nosotros, ese cadáver –hoy– es un NN. Ahora, para los encargados de la morgue policial de La Plata, ¿era un NN?

Soledad. Diario de investigación. 30 de diciembre de 2013

Llegó el día de la exhumación. El calor era insoportable. Se necesitaba un vehículo para el traslado de los restos desde el Cementerio hasta la Asesoría Pericial. Pero allí no había ambulancias ni morgueras. ¿Precariedad sin límites o predisposición cero? Discusiones. Tensión. El juez Arias convocó a los medios. La presión rindió sus frutos. Carlitos, el chofer de una Traffic destartalada que suele realizar trabajos por su cuenta, haría el traslado. El Director del Cementerio nos acompañó hasta la primera tumba a ser exhumada. Era la que había sido utilizada para que Gabriela enterrara el cuerpo de alguien que no era su padre. En el camino por las veredas rotas, bajo un cielo gris plomizo y un aire denso, el Director nos dijo que la Morgue Policial había solicitado en agosto cuarenta ataúdes para enterrar cuerpos en circunstancias similares a las de Isla. Ya habían enterrado a varios y otros tantos estaban en lista de espera...

En junio de 2013 el juez Arias ordenó una pericia en la morgue policial. Esa pericia fue realizada por médicos legistas de la Asesoría Pericial dependiente de la Suprema Corte de la Provincia de Buenos Aires. Se informó que había 59 cadáveres alojados en ese lugar, cinco de ellos sin identificación ni asociación con causa judicial alguna. Era la primera referencia que se tenía de lo que había en la morgue para realizar un posterior cotejo de información.

A partir del caso Isla, personal del juzgado de Arias obtuvo del Registro Provincial de las Personas copias de todas las inscripciones

bajo *formulario 25* desde el 2 de abril de 2013 a la fecha. En enero de 2014, la Dirección del Cementerio de La Plata dio cuenta de un listado de cuerpos que había solicitado inhumar la morgue. Algunos ya habían sido enterrados y otros no. Por ejemplo, en el caso Isla, ya habían cumplido con el requerimiento.

El entrecruzamiento de toda esta información arrojó como resultado que la morgue policial había realizado todos los trámites pertinentes para concretar la inhumación de al menos doce cadáveres... doce cadáveres no figuraban en la morgue al momento de la pericia de junio de 2013. ¿Por qué no habían sido registrados esos cadáveres en la pericia de junio? ¿Un error de los peritos o esos cuerpos no estaban en la morgue? Era preciso realizar otra inspección. Era preciso que la realizara la Gendarmería Nacional. Era preciso estar allí...

Soledad. Diario de investigación. 28 de febrero de 2014

Jamás hubiera imaginado vivir las 24 horas más horribles un 28 de febrero. Sabía que la tarea no sería sencilla. Que en la morgue policial de La Plata las cosas no estaban en orden. Lo sabía desde los papeles, pedidos de entierros para cadáveres que se presumía que no estaban allí. Pero ingresar a ese espacio fue como trasladarse a la peor película de terror, la que no se creó todavía porque ni la mente más perversa podría ser tan macabra.

La Gendarmería Nacional se iba a hacer cargo de la pericia. Los efectivos de esa Fuerza llegaron al Juzgado del Dr. Arias a las 10 de la mañana. Allí en una breve reunión se determinó la manera de proceder. Se tomarían muestras de ADN de todos los cuerpos alojados en la morgue, se les colocaría un precinto y se secuestraría toda la documentación relacionada con los fallecidos. Los peritos de la Policía Científica de Gendarmería aguardaban en las camionetas. Ellos tampoco sabían lo que les esperaba. Muchos de ellos, jovencitos, iban a entrar por primera vez a un lugar así. Me pidieron que los guiara en mi auto. Partí una vez más rumbo al Cementerio... ¿sería la última?

Llegamos y nos recibieron dos guardias. Por la sorpresa en sus caras, no tenían idea de la inspección. El gendarme a cargo del operativo

les entregó la orden judicial. Antes de entrar, nos pusimos mameluco, botas descartables, cofia y máscara. Yo, además, me calcé mi riñonera con la filmadora, la cámara fotográfica y esencia de vainilla para poner en la máscara.

Así *disfrazados* entramos a la parte de las oficinas que dan al frente. Ya empezaba a invadirnos un olor fuerte, penetrante. No había máscara que lo mitigara. Era un mal presagio. Llegamos a las salas de autopsias. Se abrió la puerta y allí, ante nosotros, el cuerpo de un hombre esperando a ser autopsiado. Tragué saliva y seguí al resto de los gendarmes. Todo el lugar se veía sucio. Pasamos a la segunda sala de autopsia. Había un pequeño cuarto en el medio, lleno de frascos de café con rótulos. Eran muestras para mandar a laboratorio. ¡Muestras de laboratorio en frascos de café y mermelada! Sobre los frascos revoloteaban pesadas moscas y otros extraños insectos.

Nos dirigimos a la sala de las *heladeras*. Heladeras es una forma de decir, porque no enfriaban: estaban apagadas, y desde hacía mucho tiempo. Yo iba filmando y fotografiando lo que podía. Todo me daba mucho asco. Estaba nerviosa. Empezaba a sentir que lo que vendría iba a ser muy difícil. Me preguntaba cómo iba a hacer para soportarlo. A nuestra derecha había tres cámaras frigoríficas con seis puertas de madera cada una. Más allá, al fondo, otra puerta frigorífica pero más alta. A la izquierda otra puerta similar pero metálica que daba a un cuarto de unos 5 metros cuadrados. Detrás de ese cuarto había una bandeja en el piso con sangre, unas zapatillas y un short. También dos ataúdes, uno vacío y otro pequeño pero sellado. Iban a abrir la puerta del cuarto. El corazón me latía cada vez más rápido. Antes de ver llegó el olor. Nunca había sentido algo así. Cuando pude ver lo que había delante de mis ojos no podía creerlo: muchos cuerpos desnudos en descomposición y a temperatura ambiente. En el piso, estaba el cuerpo de una mujer, quemado. Parecía reciente. Todavía se le notaban las facciones. Sería el único reconocible a lo largo de la pericia. Le saque una foto. Nadie hablaba. Sólo se escuchaban los flashes. El silencio se rompió con la voz de un médico: «Comencemos a sacar los cuerpos». Los gendarmes más jóvenes, con guantes gruesos, fueron los encargados de esa tarea. Sacaban los cuerpos del cuarto-heladera y los examinaban en el suelo o en camillas. Los forenses, luego, hacían su trabajo: buscar la identifica-

ción del cuerpo, fotografías, pericia odontológica, toma de muestras de ADN, precintado y colocación en bolsas mortuorias. Todo ese proceso duró más de seis horas. Se trabajó sobre quince cuerpos.

Presenció cada uno de esos peritajes. Pero faltaba mucho. Pasaríamos la noche entera allí. Hace unos años nomás no hubiera apostado ni un centavo a que pudiera pasar una noche en la morgue de un cementerio. Y aquella madrugada estaba allí, entre cadáveres, olores, insectos, libros, bolsas, frascos, gendarmes y policías. Me fui amoldando al horror. Miraba los restos humanos como *no humanos*; mi instinto los *cosificó*. Hubo momentos de descanso en medio del operativo. Salía a respirar. Allí, mirando el cielo y los árboles mecerse con la brisa, me daban ganas de llorar. El instinto se apagaba. Allí había cuerpos humanos: gente, personas, vidas pasadas, historias...

Volvió a entrar cuando me avisaban que iban a abrir otra puerta para sacar cadáveres. Otra vez, el nudo en la garganta. ¿Qué nos encontraríamos? Podía haber uno, dos, cuatro... En placas de metal, en bolsas... Apilados, entre moscas y arañas... El olor invadiéndolo todo. El piso resbaloso y pegoteado a la vez. Un infierno...

Llegamos a la puerta frigorífica más grande. Era la entrada de lo que llamaban la cámara de vísceras. Los gendarmes sacaron un ataúd pequeño. Luego, el cuerpo de un bebé momificado sin identificación. Lo fotografié en medio de una sensación indescriptible que podía sentirla desde la garganta al estómago. Sacaron luego una bolsa: había otro bebé en su interior. Creí que eso era todo. Salí a respirar. Pero me llamaron... Había más. Ante mis ojos, el suelo estaba tapizado de frascos con fetos, recipientes de helados con restos de más bebés, huesos y cráneos embolsados. Me llamó la atención una bolsa roja, más grande. Le dije a una médica forense que en su interior podría haber restos de un niño más grande. La mujer la abrió, metió la mano y sacó una cabeza. Pero no era humana: era la cabeza de un perro. Jamás podré olvidar esa imagen.

Ya habían pasado catorce horas. Eran las 2 de la madrugada. En todo ese tiempo me concentré en registrar todo. A pesar del espanto, no quería que se me escapara nada. A otros, tampoco: durante todo el procedimiento, personal policial siguió mis pasos, mis apuntes, mis registros. Sabían lo que yo sabía. Y lo que buscaba en la morgue. En términos futboleros, *me hicieron marca personal*.

Siguieron sacando restos humanos hasta las 8 de la mañana. Varios de los cuerpos, nueve en total, no tenían rótulo. Es decir, no se podía saber de quién había sido tal cuerpo, cuál había sido la causa de muerte, cuándo había ingresado a la morgue, cómo llegó allí y en qué causa penal figuraba. Otros cadáveres estaban aún vestidos. Claramente, no habían sido autopsiados. ¿Desde cuándo databan esas muertes? ¿Dónde se habían producido? Preguntas que me surgieron luego. Mientras duró la inspección, todo fue resistir el olor, las imágenes, el dolor... Registrar todo, ver, fotografiar, escuchar, anotar... Era el momento y el lugar clave. No podía dejarlo pasar.

Los gendarmes que participaron de esta inspección jamás imaginaron llevar adelante tan ingrato procedimiento. Jamás pensaron que se iban a encontrar con semejante desorden, con semejante suciedad... con semejante horror. Yo tampoco.

El caso Isla no es *un caso*. Hay más, que ya están bajo investigación. Se constataron cinco trámites de inhumación concluidos sobre cuerpos que *no estaban* en la morgue policial. Y comprobamos que al menos había uno más en curso. Seis *cheques en blanco*.

Creemos estar ante la evolución de un macabro mecanismo policial... Un mecanismo con oscuras raíces en la historia argentina reciente... ¿Un mecanismo presente también en la inundación del 2 y 3 de abril de 2013, en La Plata? La respuesta, quizás, sea sólo cuestión de tiempo.

Epílogo

Palabras

«Desde anoche, recorriendo los centros de evacuados».

Pablo Bruera. Intendente de La Plata
3 de abril de 2013. Twitter (twitt luego desmentido)

«Y lo peor llegó. Encontraron los niños q se buscaban en Ringuelet. En el arroyo de 7 e/514 y 515 bis».

Sabrina Rodríguez. Concejal de La Plata
4 de abril de 2013. Twitter (twitt luego eliminado)

«Lamento profundamente que dos funcionarios judiciales, de modo irresponsable, publiquen una lista sin tener la certeza».

Ricardo Casal. Ministro de Seguridad y Justicia
6 de abril de 2013. Conferencia de prensa

«Hay 51 personas fallecidas. Tenemos registro de otras 37 víctimas, pero fallecieron por otras causas, no por la inundación. Comprendemos que pueda haber preocupación alrededor de este tema, obviamente estamos hablando de vidas. ¿Cómo nosotros vamos a ocultar una cosa

así? En la medida que fue llegando información de los hospitales, del registro de personas y de la morgue, la dimos a conocer».

Daniel Scioli. Gobernador bonaerense.
8 de abril de 2013. Conferencia de prensa

«Hay un universo de personas fallecidas, del día 2 al 5, de las cuales solamente se han tomado las que han sido judicializadas, es decir donde hay una denuncia penal. Se ha tomado con un criterio desde el Ministerio de Seguridad y no desde el Ministerio de Salud, donde correspondería determinar si estas muertes deben ser atribuidas o no al temporal».

Luis Federico Arias. Juez en lo Contencioso Administrativo
8 de abril 2013. Canal TN (Todo Noticias)

«A esta ciudad le ha tocado vivir inundaciones, nacimos con inundaciones, cuando iba a fundarse la ciudad, nos inundamos y tuvimos que postergar la fundación de la ciudad...

Pasamos de ser la ciudad soñada, pensada, con medalla de oro en París a decirle a nuestro fundador Dardo Rocha que la hizo dentro de un plato, que se equivocó y que debió hacerla en un lugar más alto».

Pablo Bruera. Intendente de La Plata
11 de abril de 2013
Apertura de sesiones extraordinarias
del Concejo Deliberante

«A quienes sientan en lo profundo de su corazón que no estuve a la altura de lo que creían o esperaban de mí y de la muni, les pido perdón».

Pablo Bruera. Intendente de La Plata
1 de mayo de 2013. Twitter

«En su momento dijeron 52, después dijeron 60 y ahora mandan un listado 220 y pico. ¡Vamos, con la verdad y la justicia no se jode! Esto se los digo como hijo de desaparecidos, como defensor y como ciudadano común de esta ciudad de La Plata. Y lo digo delante de una Madre de Plazo de Mayo, que está aquí, que sabe más que nadie lo que es un paro cardiorespiratorio no traumático, en una carátula, en un certificado, pero con un tiro en la cabeza de su hijo. No tengo más nada que decir».

Julián Axat. Defensor Fuero Penal Juvenil
8 de mayo de 2013. Comisión Derechos
Humanos del Senado bonaerense

«La gente tiene que saber cuál es el número de víctimas...Sí. No creo que se pueda llegar a un número firme, exacto, determinado, indiscutible. Fíjese que si en una excursión los profesores de las colonias cuentan los chicos que suben a un micro para ver si es que falta alguno para cuando vuelven y no pasan de veinte, acá debiera haberse hecho, supongo yo, un censo el día anterior y uno posterior para ver quién faltó...».

Guillermo Atencio. Juez de Garantías
10 de mayo de 2013. Declaraciones a TN¹

«Hay 67 muertos por las inundaciones. 64 de ellos, fallecieron de forma directa y tres, de manera indirecta. Hay tres casos más en estudio. No hay menores entre las víctimas».

Jorge Paolini. Fiscal
15 de mayo de 2013. Comisión Derechos
Humanos del Senado bonaerense

¹ En línea: < tn.com.ar/politica/el-juez-de-las-inundaciones-nunca-nadie-podra-determinar-el-numero-real-de-muertos_387848 >.

«Ninguna obra hubiera podido evitar una catástrofe de las características naturales que tuvo la lluvia del 2 de abril, básicamente por la intensidad de las precipitaciones que fueron extraordinarias en los últimos 100 años».

Alejandro Arlía. Ministro de Infraestructura bonaerense
20 de mayo de 2013. Comisión investigadora
del Concejo Deliberante de La Plata

«No fue la altura de los edificios lo que provocó la inundación; lo que la provocó fue la lluvia excepcional, más los suelos tapizados en la parte alta de la cuenca por los invernaderos y en eso estamos trabajando».

Enrique Sette. Secretario de Gestión Pública de La Plata
23 de mayo de 2013. FM La Plata 90

«Se suponía que iban a ser muchos más. Hacerle la autopsia a una persona en medio de la inundación, que lo levantaron de la calle, que estaba ahogado, ¿para qué le van a hacer la autopsia? ¿Cuál es el sentido? No hay obligación. Si lo quieren hacer, lo hacen. Ahora, yo quisiera que usted le pregunte a la familia si quieren que le hagan la autopsia a su familiar. Ellos quieren velarlos y enterrarlos.»

María del Carmen Falbo. Procuradora
28 de mayo de 2013. Comisión Derechos
Humanos del Senado bonaerense

«No tenemos un contexto político de verdad. Sufrimos un asedio propagandístico permanente de parte del Poder Ejecutivo bonaerense. Además, la justicia penal bonaerense es un aparato montado para la impunidad».

Luis Federico Arias. Juez en lo Contencioso Administrativo
3 de agosto de 2013. Charla pública con vecinos
de la Asamblea del Parque Castelli

«Como gobernador, les garantizo libertades individuales y la libertad de expresión, mi compromiso es con respuestas».

Daniel Scioli. Gobernador bonaerense
27 de agosto de 2013. Reunión con familiares
de víctimas de las inundaciones

«No flaco, no podés filmar acá. No vas a filmar».

Alejandro Arlía. Ministro de Infraestructura bonaerense
27 de agosto de 2013. Reunión con familiares
de víctimas de las inundaciones

«La complejidad de la investigación la adelanté desde el primer momento, me deben haber escuchado decir más de una vez que la pregunta sobre la cantidad de víctimas se iba a transformar en algún momento en quién es el culpable y hemos llegado a ese momento».

Guillermo Atencio. Juez de Garantías de La Plata
3 de octubre de 2013. FM La Plata. 90.9

«No es lo mismo la cuestión del médico que estaba frente a un pariente y le quiso hacer una gauchada, que el personal policial que resolvió así la emergencia por no poder comunicarse con nadie, o que un tipo que conforme a una voluntad política de un superior decidió esconder algo».

Jorge Paolini. Fiscal
29 de octubre de 2013. Reunión con familiares
de víctimas y asambleístas barriales

Bibliografía

- Diario Clarín (2013, 9 de abril). *Los nombres y las historias que no están en la lista oficial de muertos*. En línea: <www.clarin.com/ciudades/nombres-historias-lista-oficial-muertos_0_898110213.html>.
- Diario El Comercio (2013, 7 de abril). *Peruanos afectados por el terrible temporal en Argentina son más de 800*. Lima. En línea: <elcomercio.pe/mundo/actualidad/no-se-han-reportado-nuevas-victimas-peruanas-lluvias-argentina-noticia-1560128>.
- Soler, M. (2013, 9 de abril). *Piden separar al fiscal que investiga las muertes por la inundación*. Diario Diagonales. En línea: <diagonales.infonews.com/sociedad/196196-nota-196196-piden-separar-al-fiscal-que-investiga-las-muertes-por-la-inundacion.html>.

Documentos


- Causa N° 06-00-012771-13, Unidad Funcional de Instrucción y Juicio N° 5 (UFIJ N° 5), caratulada: «Averiguación de causales de muerte y averiguación de paradero».
- Causa N° 27067, Juzgado en lo Contencioso Administrativo N° 1 de La Plata, caratulada: «Cadaa Marcela Mónica c/Poder Ejecutivo s/ Habeas Data».
- Causa N° 06-00-15764-13, Unidad Funcional de Instrucción y Juicio N° 8 (UFIJ N° 8), caratulada: «Averiguación de causales de muerte».
- Causa N° 27014, Juzgado en lo Contencioso Administrativo N° 1 de La Plata, caratulada: «Defensoría Oficial de Responsabilidad juvenil s/Diligencia Preliminar».

Causa N° 27068, Juzgado en lo Contencioso Administrativo N° 1 de La Plata, caratulada: «Rodriguez Sandra Edith c/Podeer Ejecutivo s/Habeas Data»

Causa N° 06-00-018116, Unidad Funcional de Instrucción y Juicio N° 8 (UFIJ N° 8)

Libro de Guardia de la Morgue Policial de La Plata abierto el día 18 de marzo de 2013 y utilizado durante los días de la inundación y posteriores.

Libro de Entrada y Salida de Cadáveres de la Morgue Policial de La Plata abierto el 11 de marzo de 2013 y utilizado durante los días de la inundación y posteriores.



¿Cuántos fallecidos hubo en la inundación del 2 de abril de 2013 en La Plata? La pregunta recorrió la ciudad desde el mismo momento en que bajaron las aguas. Las autoridades dieron un número: 51. ¿Eran 51? El camino recorrido por esta investigación demuestra no sólo que fueron más, sino que aquellos que no estaban en el número original, no fueron omitidos por error sino por negligencia.

Un plan sistemático de ocultamiento con mecanismos policíaco-judiciales enraizados en los más oscuros días de nuestra historia contemporánea. Una inquietud, un grabador escondido y un par de preguntas a un comisario distraído develaron la primer víctima oculta, la víctima 52. Una llamada, recibida meses después, comenzó a cerrar el círculo macabro de una trampa con epicentro en la morgue policial de La Plata; un agujero negro de cuerpos sin identidad, sin historia y con destino incierto. Tan incierto como el número de víctimas que dejó el peor desastre en la historia de la ciudad de La Plata.

María Soledad Escobar

Licenciada en informática. Egresada de la Facultad de Informática de la Universidad Nacional de La Plata. Inició una investigación personal sobre la inundación. En carácter de amicus curiae, colaboró en la causa por el esclarecimiento del número e identidades de las víctimas, llevada adelante por el Juzgado en lo Contencioso Administrativo N° 1 de La Plata.

Gabriel Prósperi

Periodista. Licenciado en comunicación social. Egresado de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Trabajó como productor y conductor en AM Rocha de La Plata; como productor y redactor en FM 92.1 Emisiones Platenses; colaboró como redactor en el Diario Hoy en la Noticia; actualmente trabaja como redactor en América Noticias, noticiero de América TV.